

**FUERA DE LIBRO**  
(Prefacios)

NOTA: El equivalente castellano de la diferencia gráfica que Derrida introduce en las palabras *différence* y *différent* escribiendo «différance» y «différant», lo hemos señalado por «diferenzia» y «diferemte».

Este (pues) no habrá sido un libro.

Aún menos, a pesar de su apariencia, la recopilación de *tres* «ensayos», cuyo momento habría llegado ya, después del hecho, de reconocer su trayecto, de recordar su continuidad o de inducir su ley, e incluso de exhibir, con la insistencia que tal ocasión requiere, su concepto o sentido. No se va a fingir, según el código, la premeditación o la improvisación. La disposición de estos textos es otra, mi intención no es ahora la de presentarlos.

Se discute en él, precisamente, la cuestión de la presentación.

Si la forma del libro está en la actualidad, como es sabido, sometida a una turbulencia general, si parece menos natural, y su historia menos transparente que nunca, si no se puede tocarla sin tocar todo, no podría regular —aquí, por ejemplo— tales procesos de escritura que, al interrogarla *prácticamente*, deben también desmontarla.

De donde la necesidad de elaborar por doquier, hoy en día, nuevamente, la cuestión del nombre guardado: de la *paleonimia*. ¿Por qué conservar, durante un tiempo determinado, un nombre antiguo? ¿Por qué amortiguar con la memoria los efectos de un sentido, de un concepto o de un objeto nuevos? Planteada en estos términos, la cuestión ya esta-

ría comprometida en todo un sistema de presuposiciones ahora elucidadas: por ejemplo, aquí, la exterioridad *simple* del significante respecto a «su» concepto. Hay, pues, que proceder de distinto modo.

Volvamos al principio. Ejemplos: ¿por qué «literatura» nombraría aún lo que ya se sustrae a la literatura —a lo que siempre se ha concebido y significado bajo ese nombre— o, no ocultándose únicamente en ello, la destruye implacablemente? (Planteadas en estos términos, la cuestión ya estaría comprometida en la seguridad de un pre-saber: «lo que siempre se ha concebido y significado bajo ese nombre», ¿es fundamentalmente homogéneo, unívoco, no conflictual?) Otros ejemplos: ¿qué función histórica y estratégica asignar por lo tanto a las comillas, visibles o invisibles, que transforman esto en «libro» o hacen de la desconstrucción de la filosofía un «discurso filosófico»?

Esta estructura de la *doble señal* (*cogido* —tomado y encerrado— en una pareja de oposición, un término conserva su antiguo nombre para destruir la oposición a la que ya no pertenece en absoluto, a la que además *no* habrá cedido *nunca*, siendo la historia de esta oposición la de una lucha incesante y jerarquizante) trabaja todo el campo en que se desplazan estos textos. Y también ella resulta trabajada en él: la regla según la cual cada concepto recibe necesariamente dos señales semejantes —repetición sin identidad—, una en el interior, la otra en el exterior del sistema desconstruido, debe dar lugar a una doble lectura y a una doble escritura. Aparecerá en su momento: a una *doble ciencia*.

★ Ningún concepto, ningún hombre, ningún significante escapa a ello. Intentaremos determinar la ley que obliga (por ejemplo y teniendo en cuenta una

refundición teórica general que rearticula desde hace poco los campos de la filosofía, de la ciencia, de la literatura, etc.) a denominar «escritura» a lo que critica, desconstruye, fuerza la oposición tradicional y jerarquizada de la escritura y la palabra, de la escritura y el sistema (idealista, espiritualista, fonocentrista: en primer lugar, logocéntrica) de todos sus otros; a denominar «trabajo» o «práctica» a lo que desorganiza la oposición filosófica *praxis/theoria* y no se deja ya *rehacer* según el procedimiento de la negatividad hegeliana; a denominar «inconsciente» a lo que jamás habrá sido el negativo simétrico o el depósito potencial de la «conciencia»; a denominar «materia» a ese exterior de las oposiciones clásicas que, con tal que se tengan en cuenta una adquisición teórica y una desconstrucción filosófica de hace apenas nada, ya no debería de tener forma tranquilizadora: ni la de un referente (al menos concebido como cosa o causa reales, anteriores y exteriores al sistema de la textualidad general), ni la de la presencia bajo ninguno de sus modos (sentido, esencia, existencia —objetiva o subjetiva—, forma, es decir, aparecer, contenido, sustancia, etc., presencia sensible o presencia inteligible), ni la de un principio, fundamental o totalizante; incluso de una instancia última: en una palabra, todo ese fuera de texto que detendría la concatenación de la escritura (de ese movimiento que coloca a todo significado en situación de huella diferencial) y para el cual yo había propuesto el concepto de «significado transcendental». «Diferencia» designaba también, en el mismo campo problemático, a esa economía —de guerra— que pone en relación a la alteridad radical o a la exterioridad absoluta de lo exterior con el campo cerrado, agonístico y jerarquizado.

zante de las oposiciones filosóficas, de los «diferentes» o de la «diferencia» (1). Movimiento económico de la huella que implica a la vez su señal y su desaparición —el margen de su imposibilidad— según una relación que ninguna dialéctica especulativa del mismo y del otro podría denominar por lo mismo que es una operación de dominio (2).

Existirá siempre un riesgo, ciertamente, al hacer trabajar, e incluso al dejar circular los antiguos nombres: el de una instalación, incluso de una regresión a, en el sistema desconstruido o en curso de desconstrucción. Y negar ese riesgo sería ya confirmarlo: tener al significante —en este caso al nombre— por una circunstancia convencional del concepto y por una concesión sin efecto específico. Sería afirmar la autonomía del sentido, la pureza ideal de una historia teórica y abstracta del concepto. Y, a la inversa, pretender desembarazarse inmediatamente de las señales anteriores y pasar, por decreto, con un simple gesto, al exterior de las oposiciones clásicas, es, aparte del riesgo de una interminable «teología negativa», olvidar que tales oposiciones no constituían un sistema *dado*, una especie de índice anhistórico y radicalmente homogéneo, sino un espacio disimétrico y jerarquizante, atravesado por fuerzas y trabajado en su cerca por el exterior que rechaza: expulsa y, lo que viene a ser lo mismo, interioriza como uno de *sus* momentos. Por eso la desconstrucción implica una fase indispensable de *derribo*. Quedarse en el derribo es operar, ciertamente, dentro de la inmanencia del sistema a destruir. Pero

---

<sup>1</sup> Cf. «La difference», en *Théorie d'ensemble*, colección «Tel Quel», Du Seuil, París, 1968, págs. 58 y ss. Hay trad. esp., Seix Barral.

<sup>2</sup> Cf. «De l'économie restreinte à l'économie générale», en *L'écriture et la différence*, col. «Tel Quel», 1967.

atenerse, para ir *más lejos*, ser más radical o más audaz, a una actitud de indiferencia neutralizante respecto a las oposiciones clásicas, sería dar curso libre a las fuerzas que dominan efectiva e históricamente el campo. Sería, a falta de haberse apoderado de los medios para *intervenir* en él (3), confirmar el equilibrio establecido.

Estas dos operaciones deben, pues, ser conducidas en una especie de *simul* desconcertante, en un movimiento de conjunto, movimiento coherente, cierto, pero dividido, diferenciado y estratificado. La separación entre las dos operaciones debe permanecer abierta, dejarse señalar y reseñalar sin tregua. Basta decir la heterogeneidad necesaria de cada texto que participa en esta operación y la imposibilidad de resumir la separación en un solo punto, ni bajo un solo nombre. Los valores de responsabilidad o de individualidad ya no pueden dominar aquí: es el primer efecto de la diseminación.

No hay «concepto-metafísico». No hay «nombre-metafísico». Lo metafísico es cierta determinación, un movimiento orientado de la cadena. No se le puede oponer un concepto, sino un trabajo textual y otro encadenamiento. Habiendo recordado esto, el desarrollo de esta problemática implicará, pues, el movimiento de la diferencia tal como fue ya despedido en otro lugar: movimiento «productivo» y conflictual (4) al que ninguna identidad, ninguna unidad, ninguna simplicidad originaria podría preceder, que

---

<sup>3</sup> Sobre los conceptos de *intervención* y de *paleonimia*, sobre la operación conceptual de ese vuelco-desplazamiento (extracción de un predicado, adherencia nominal, injerto, extensión y reorganización), cf. «Positions», en *Pro-messe* núms. 30-31, pág. 37.

\* «La différence», *op. cit.*, págs. 46 ss.

ninguna dialéctica filosófica podría *rehacer* (5), resolver o apaciguar, y que desorganiza «prácticamente», «históricamente», textualmente, la oposición o la diferencia (la distinción estática) de los diferentes.

Un *prefacio* recordaría, anunciaría aquí una teoría y una práctica *generales* de la desconstrucción, esa estrategia sin la cual no habría más que veleidad empirista y fragmentaria de crítica, confirmación no equívoca de la metafísica. Enunciaría en el futuro («van a leer esto») el sentido o el contenido conceptuales (aquí esa extraña estrategia sin finalidad, ese desfallecimiento organizador del *telos* o del *escaton* que reinscribe la economía restringida en la economía general) de lo que *ya* habría sido *escrito*. Y por lo tanto lo bastante *leído* como para poder ser reunido en su tenor semántico y por adelantado propuesto. Para el prólogo, que vuelve a formar un querer-decir a cosa hecha, el texto es un escrito

---

<sup>5</sup> *Aufheben* (sobre esta traducción, cf. «Le puits et la pyramide», en *Hegel et la pensée moderne*, P. U. F., 1970). El movimiento por el que Hegel determina la diferencia en contradicción («Der Unterschied überhaupt ist schon der Widerspruch an sich», *Ciencia de la lógica* II, I, capítulo 2, C) está justamente destinado a hacer posible el establecimiento último (onto-teo-teleo-lógico) de la diferencia. La *diferenzia* —que no es, pues, la contradicción dialéctica en ese sentido hegeliano— señala el límite crítico de los poderes idealizantes del establecimiento por doquiera pueden, directa o indirectamente, operar. *Inscribe* la contradicción más bien, resultando irreductiblemente diferenciante y diseminante, la diferencia, *las* contradicciones. Señalando el movimiento «productor» (en el sentido de la economía general y teniendo en cuenta la pérdida de presencia) y diferenciante; el «concepto» *económico* de la diferencia no reduce, pues, las contradicciones a la homogeneidad de un solo modelo. Es lo contrario lo que siempre puede ocurrir cuando Hegel hace de la diferencia un momento de la contradicción general. Esta es siempre en su fondo onto-teológica. Igual que la reducción a la diferencia de la economía compleja y general de la *diferenzia*. (Nota residual y retrasada para un post-facio.)

—un pasado— que, en una falsa apariencia de presente, un autor oculto y todopoderoso, con pleno dominio de su producto, presenta al lector como futuro suyo. Esto es lo que he escrito, después leído y que escribo que van ustedes a leer. Después de lo cual podrán ustedes tomar posesión de este prefacio, que en suma ahora no leen, aunque, habiéndolo leído, ya se hayan anticipado a todo lo que le sigue y pueden casi dispensarse de leerlo. El *pre* del prefacio hace presente el porvenir, lo representa, lo aproxima, lo aspira y adelantándolo lo pone delante. Lo reduce a la forma de presencia manifiesta.

Operación esencial e irrisoria: no sólo porque la escritura no se mantiene en ninguno de esos tiempos (presente, pasado o futuro en tanto que presentes modificados); no sólo porque se limitaría a efectos discursivos de querer-decir, sino porque anularía, al extraer un solo núcleo temático o una sola tesis directriz, el desplazamiento textual que se opera «aquí». (¿Aquí? ¿Dónde? La cuestión del aquí se halla explícitamente escenificada en la diseminación.) Si se estuviese, en efecto, justificado para hacerlo, habría, desde ahora, que adelantar que una de las tesis —hay más de una— inscritas en la diseminación es justamente la imposibilidad de reducir un texto como tal a sus efectos de sentido, de contenido, de tesis o de tema. No la imposibilidad, quizá, ya que *se hace* normalmente, sino la resistencia —diremos *la restancia*— de una escritura que no se hace más de lo que se deja hacer.

Esto no es, pues, un prefacio, si al menos se entiende por ello un índice, un código o un sumario razonado de significados eminentes, ni un índice de las palabras claves o de los nombres propios.

¿Pero qué hacen los prefacios? ¿Su lógica no es

más sorprendente? ¿No habrá que reconstruir un día su historia y su tipología? ¿Forman un género? ¿Se reagrupan según la necesidad de determinado predicado común o son de otro modo y en sí mismos compartidos?

No se contestará a estas preguntas, al menos según el modo finalmente de la declaración. Pero, *por el camino*, un *protocolo* habrá —destruyendo ese futuro anterior— ocupado el lugar preocupante del *prefacio* <sup>(6)</sup>. Si se insiste para que ese protocolo esté ya fijado en una representación, digamos por adelantado que tendría, con algunas complicaciones suplementarias, la estructura de un *bloque mágico*.

Siempre se han escrito los prefacios, al parecer,

---

<sup>6</sup> El prefacio no expone la fachada frontal o preambular de un espacio. No exhibe la primera cara o la superficie de un desarrollo que se dejaría pre-ver y presentar. Es el adelanto de un habla (*prae-fatio*, *prae-fari*). A tal anticipación discursiva, el protocolo sustituye el monumento de un texto: *primera página pegada* por encima de la apertura —la primera página— de un registro o de un conjunto de actos. En todos los contextos en que interviene, el protocolo reúne las significaciones de la fórmula (o del formulario), de la precedencia y de la escritura: de la prescripción. Y mediante su «collage», el *protocolon* divide y deshace la pretensión inaugural de la primera página, como de todo *incipit*. Todo comienza entonces —ley de la diseminación— por una doblez. Ciertamente, si el protocolo se resumiese en el collage de una hoja sencilla (por ejemplo, el anverso/reverso del signo), se volvería a convertir en prefacio, según un orden en el que se reconoce la gran lógica. No escapa a ello más que para formar bloque, y mágicamente, es decir, según la «gráfica» de una muy distinta estructura: ni profundidad ni superficie, ni sustancia ni fenómeno, ni en sí ni para sí.

(Fuera del libro entonces estaría —por ejemplo— el esbozo protocolar de una introducción oblicua a los dos tratados (tratamientos, más bien, y tan extrañamente contemporáneos: de su propia práctica, en primer lugar) más notables, indefinidamente notables, de lo *pre-escrito*: esas dos máquinas musicales que son, tan diferentemente como resulta posible, *el Pré o la Fábrica del pré*, de Francis Ponge; *Fugue*, de Roger Laporte.)

pero también los prólogos, introducciones, preliminares, preámbulos y prolegómenos, con vistas a su propia desaparición. Llegado al límite del *pre-* (que presenta y precede o más bien adelanta la producción presentativa y, para poner ante la vista lo que aún no es visible, debe hablar, predecir y predicar), el trayecto debe a su término anularse. Pero esta sustracción deja una señal de la desaparición, un *resto* que se añade al texto subsiguiente y no se deja resumir por completo. Tal operación parece, pues, contradictoria, y lo mismo ocurre con el interés que en ella se pone. ¿Pero *existe* un prefacio?

Por una parte —es de pura lógica—, ese resto de escritura resulta anterior y exterior al desarrollo del contenido que anuncia. Precediendo a lo que debe poder presentarse a sí mismo, cae como una corteza hueca y un desperdicio formal, momento de la sequedad o de la charlatanería, a veces una y otra cosa al mismo tiempo. Desde un punto de vista que no puede ser, en último recurso, más que el de la ciencia de la lógica, Hegel descalifica así al prefacio. La exposición filosófica tiene como esencia poder y deber prescindir del prefacio. Es lo que la distingue de los recursos empíricos (ensayos, conversaciones, polémicas), de las ciencias filosóficas particulares y de las ciencias determinadas, sean matemáticas o empíricas. Hegel insiste en ello incansablemente en los «prefacios» que abren sus tratados (prefacios de cada edición, introducciones, etc.). Antes incluso que la *Introducción (Einleitung)* a la *Fenomenología del espíritu*, anticipación circular de la crítica de la certeza sensible y del origen de la fenomenalidad, anuncie «la presentación del saber que aparece» (*die Darstellung des erscheinenden*

*Wissens*), un *Prefacio (Vorrede)* nos habrá prevenido contra su propio estatuto de prólogo:

«En el prefacio (*Vorrede*) que precede a su obra (*Schrift*), un autor explica habitualmente la finalidad que se ha propuesto, la ocasión que le ha llevado a escribir y las relaciones que en su opinión tiene su obra con los tratados precedentes o contemporáneos sobre el mismo tema. En el caso de una obra (*Schrift*) filosófica semejante aclaración parece no sólo superflua sino además impropia e inadaptada a la naturaleza de la investigación filosófica (*sondern um der Natur der Sache willen sogar unpassend und zweckwidrig zu sein*). En efecto, todo lo que habría que decir de la filosofía en un prefacio, una *ojeada* histórica de la orientación y del punto de vista, del contenido general y de los resultados, una cascada de proposiciones dispersas y de afirmaciones gratuitas sobre la verdad, todo eso no podría tener ningún valor como modo de exposición filosófico. Además, como la filosofía está esencialmente en el elemento de la universalidad que incluye en sí a lo particular, puede parecer que en ella más que en las otras ciencias, en la finalidad y en los últimos resultados se halle expresada la cosa misma (*die Sache selbst*) en su esencia perfecta; en contraste con esta esencia, la exposición (*Aufsführung*) debería constituir propiamente lo inesencial (*eigentlich das Unwesentliche sei*)».

El prefacio de un escrito filosófico se agota, pues, en el umbral de la ciencia. Es el lugar de una conversación exterior a lo mismo de que pretende hablar. Esa charla de la pequeña historia reduce *la cosa misma* (aquí el concepto, el sentido del pensamiento pensándose y produciéndose a sí mismo en el elemento de la universalidad) a la forma del ob-

jeto particular, acabado, el que los saberes determinados, descripciones empíricas o ciencias matemáticas, son incapaces de producir espontáneamente en su propio proceso y deben, pues, esta vez, *introducir* desde el exterior, definir como un pre-dato:

«Por el contrario, en la idea general de la anatomía por ejemplo —el conocimiento de las partes del cuerpo consideradas aparte de sus relaciones vitales— se está persuadido de que no se posee aún la cosa misma, el contenido de esa ciencia, y que hay que tomar además en consideración atenta a lo particular. Además, en semejante agregado de conocimientos, que, con toda razón, no lleva el nombre de ciencia, una charla (*Konversation*) sobre la finalidad y sobre generalidades de este tipo no es de ordinario diferente al modo puramente histórico y no conceptual (*begrifflosen*) según el cual se habla igualmente del contenido mismo, de los nervios, de los músculos, etc. La filosofía, por el contrario, se hallaría en una situación muy diferente si hiciera uso de una forma tal de proceder, pues ella misma la declararía incapaz de aprehender la verdad.»

Este prefacio a un texto filosófico nos explica, pues, que a un texto filosófico en tanto que tal un prefacio no le resulta útil y ni siquiera posible. ¿Tiene, pues, lugar? ¿Dónde tendría lugar? ¿Cómo desaparece este prefacio (negativo de la filosofía)? ¿Según qué modo predica? ¿Negación de la negación? ¿Denegación? ¿Queda anclado en el proceso filosófico que es en sí mismo su propia *presentación*, la domesticidad misma de su exposición (*Darstellung*)? («La necesidad interior de que el saber sea ciencia —*das Wissen Wissenschaft sei*— reside en su naturaleza, y la explicación satisfactoria de ese punto for-

ma un todo con la presentación —*Darstellung*— de la propia filosofía», *ibid.*) ¿O bien el prólogo, más allá de sí mismo, es ya arrastrado en el movimiento que tiene lugar ante él y que no parece seguirle más que por haberle *en realidad precedido*? ¿No es el prefacio a la vez negado e interiorizado en la presentación de la filosofía por sí misma, en la auto-producción y la auto-determinación del concepto?

Pero si del prolegómeno, una vez inscrito y tejido, algo no se dejase ya establecer en el curso de la presentación filosófica, ¿sería necesariamente para adoptar la forma de la *caída*? ¿Y qué hay de la caída? ¿No podría leerse de otro modo que como la deyección de la esencialidad filosófica, no ciertamente para rehacerla, sino para aprender a contar de otro modo con ella?

Sí — Hegel escribe, más allá de lo que quiere decir, cada página del prefacio se despega de sí misma y se divide inmediatamente: *híbrida o bifaz*. (La disseminación generaliza la teoría y la práctica del *injerto* sin cuerpo propio y del *sesgo* sin frente.) Al prefacio que Hegel *debe* escribir para denunciar en él a un prefacio a la vez imposible e ineludible, debemos asignarle dos lugares y dos alcances. Pertenecce a la vez al interior y al exterior del concepto. Pero según un proceso de mediación y de reapropiación dialéctica, el interior de la filosofía especulativa establece *su propio* exterior como un momento de su negatividad. El momento del prefacio resulta necesariamente abierto por la separación crítica entre el desarrollo científico o lógico de la filosofía y su retraso empirista o formalista. Lección de Hegel que hay que mantener, si es posible, más allá del hegelianismo: la complicidad esencial del empirismo y del formalismo. Si el prefacio es indis-

pensable, es porque la cultura dominante impone aún uno y otro; hay, pues, que combatirla o más bien cultivarla, «formarla» (*bilden*) más. La necesidad del prefacio pertenece a la *Bildung*. Esta lucha parece exterior a la filosofía, puesto que su campo es el de una didáctica que se sirve de artificios y no de una auto-presentación del concepto. Pero es interior a la filosofía en la medida en que, como lo dice también el Prefacio, la exterioridad de lo negativo (lo falso, el mal, la muerte) pertenecen aún al proceso de la verdad y deben dejar en él su huella (?).

Igualmente, después de haber definido la *necesidad interior* de la auto-presentación del concepto, Hegel le identifica la *necesidad exterior*, la que toma en cuenta al tiempo como existencia (*Dasein*) del concepto. Pero no se trata en primer lugar más que de la necesidad del tiempo como forma *universal* de la sensibilidad. Habrá a continuación que reconocer la separación entre ese tiempo formal, elemento general para la presencia del concepto, y su determinación empírica o histórica, la de *nuestro tiempo*, por ejemplo:

«Para la necesidad *exterior*, en tanto que es concebida de forma universal, hecha abstracción de la contingencia de la persona y de las circunstancias individuales, es la misma que la necesi-

<sup>7</sup> Se debe afirmar, por el contrario, que la verdad no es una moneda acuñada que, tal cual, está lista para ser gastada y cobrada.» [...] «... esta igualdad llegada a ser es la verdad. Pero no es la verdad en un sentido que implicaría la eliminación de la desigualdad, como las escorias, por ejemplo, son expulsadas del metal puro; o tampoco es la verdad como el producto en el que no se encuentra ya ninguna huella del instrumento; sino que la desigualdad está aún inmediatamente presente en lo verdadero como tal, está presente (*vorhanden*) como lo negativo, como el Se (*Selbst*).»

dad *interior*, y consiste en la figura (*Gestalt*) en que el tiempo presenta el estar-allí de sus momentos (*wie die Zeit das Dasein ihrer Momente vorstellt*). Si se pudiese mostrar que nuestro tiempo es propicio (*an der Zeit*) a la elevación de la filosofía a la ciencia, eso constituiría la única verdadera justificación de las tentativas que se proponen esa finalidad, a la vez poniendo en evidencia la necesidad de esa finalidad, y realizándola por completo.»

Pero como *nuestro tiempo* no es por entero, simplemente propicio a esa elevación (*Erhebung*), como no es aún por entero el momento (*an der Zeit*), como el momento, al menos, es inigual a sí mismo, aún es preciso prepararlo y hacerle alcanzarse a sí mismo mediante una didáctica; y si se considera que ha llegado el momento, hay que hacer tomar conciencia de ello, presentar a lo que ya está *allí*; mejor aún, reconducir el estar-allí al concepto cuya presencia (*Dasein*) temporal e histórica es o, circularmente, introducir el concepto en su estar-allí. Cierta espaciación entre el concepto y el estar-allí, entre el concepto y la existencia, el pensamiento y el tiempo, tal sería el alojamiento bastante incalificable del prefacio.

El tiempo es el tiempo del prefacio, el espacio —cuyo tiempo *habrá sido* la verdad— es el espacio del prefacio. Este ocuparía, pues, por completo el *lugar* y la *duración* del libro.

Cuando la doble necesidad, interior y exterior, *haya sido* cumplida, el prefacio, que se habrá de alguna forma presentado, como se presenta al comienzo (de lo) verdadero, se habrá sin duda elevado a la filosofía, habrá sido interiorizado y establecido. Simultáneamente habrá *caído de sí mismo* y habrá po-

dido ser dejado «en el lugar que le conviene en la conversación» (8). Doble tópico, doble rostro, desaparición sobrecargada. ¿Cuál es el *estatuto* de un texto cuando se arrebatada y se des-marca él mismo? ¿Contradicción dialéctica? ¿Negación de la negación? ¿Labor de lo negativo y trabajo al servicio del sentido? ¿Del ser junto a sí del concepto?

Aún no sabéis si lo que se escribe aquí, ya lo habéis leído, no es más que un momento del prefacio hegeliano.

Este critica la formalidad del prefacio como critica el matematicismo y el formalismo en general. Es una sola y la misma crítica. Discurso exterior al concepto y a la cosa misma, máquina privada de sentido y de vida, estructura *anatómica*, el prefacio tiene siempre alguna afinidad con el procedimiento matemático. («En el conocimiento matemático, la reflexión es una operación exterior a la cosa.» [...] «La finalidad o el concepto de la matemática» es «la relación inesencial y privada de concepto».) Lanzada en el *Prefacio* a la *Fenomenología del espíritu*, la condena del prólogo se repite en la *Introducción* a la *Ciencia de la lógica*. Repetida: ¿se dirá que viene a repetir la de la *Fenomenología* o que la precedía condicionándola desde siempre? ¿Se dirá —problema tradicional— que la *Fenomenología del espíritu* es en su totalidad el prefacio de introducción a

---

<sup>8</sup> «Pero este principio de la cultura (*Bildung*) dará enseguida lugar a la seriedad de la vida en su plenitud, seriedad que introduce en la experiencia de la cosa misma (*der in die Erfahrung der Sache selbst hineinführt*); y cuanto más descienda el rigor del concepto a la profundidad de la cosa, ese tipo de conocimiento y de apreciación (*Beurteilung*) entonces sabrán quedar en el sitio que les corresponde a la conversación (*Konversation*).»

la *Lógica*?<sup>9</sup>). Pero como todo prefacio, éste, en puridad, no habrá podido escribirse más que a posteriori. Es *en realidad* un posfacio; y continuamente, y es algo que se lee sobre todo en los preliminares, ya desde el fin del trayecto, desde el saber absoluto los dos libros están abiertos y se envuelven recíprocamente en un solo volumen. El prefacio de la feno-

---

<sup>9</sup> Habría que leer aquí muy rigurosamente, en la gran *Lógica*, el *Prefacio*, la *Introducción* y, en el primer Libro, ese desarrollo sin estatuto que precede a la *Primera Sección* y que lleva por título «¿Cómo debe ser practicado el principio de la ciencia?». A través de los conceptos especulativos de método, de comienzo (abstracto o concreto), de fundamento, de resultado y de presuposición, etc., las relaciones de la fenomenología del espíritu y de la lógica son vueltas a colocar en su círculo sin fin. Cada una de ambas desarrolla y presupone a la otra: el ejemplo determinado del todo envuelve al todo, etc. Por ejemplo: a) «Ese movimiento espiritual, que en su sencillez se da su determinación y en ésta su igualdad en sí, que es, pues, el movimiento immanente del concepto, constituye el método absoluto del conocer y, al mismo tiempo, el alma inmanente del propio contenido. Sólo sobre ese camino, que se construye a sí mismo (*Auf diesem sich selbst konstruierenden Wege*), según mi opinión, es capaz la filosofía de ser una ciencia objetiva, demostrada. Es de esa manera como he intentado presentar (*darzustellen*) a la *conciencia* en la *Fenomenología del espíritu*. La conciencia es el espíritu en tanto que saber concreto, pero circunscrito en la exterioridad; pero la procesión de este objeto se funda únicamente, como el desarrollo de toda vida natural y espiritual, en la naturaleza de las *esencialidades puras* que constituyen el contenido de la lógica. La conciencia, en tanto que espíritu que aparece, que se libera sobre la marcha de su inmediatez y de su concreción exterior, se convierte en saber puro que tiene como objeto esas esencialidades puras, tales como son en sí y para sí. [...] Son los puros pensamientos, el espíritu que piensa su esencia. Su auto-movimiento es su vida espiritual y es por lo que la ciencia se constituye y es su presentación (*Darstellung*).

Así es indicada la relación de la ciencia que yo llamo *Fenomenología del espíritu* con la lógica. En lo que se refiere a la relación exterior, la primera parte del *Sistema de la ciencia*, que contiene la fenomenología, debería ir seguida de una segunda parte que contendría la lógica y las dos ciencias reales (*realen*) de la filosofía, la filosofía de la naturaleza y la filosofía del espíritu, y habría acabado así el

menología está escrito desde el final de la lógica. La autopresentación del concepto es el *verdadero* prefacio de todos los prefacios. Los prefacios *escritos* son fenómenos exteriores al concepto, el concepto (el ser cerca de sí del logos absoluto) es el verda-

---

sistema de la ciencia. Pero la extensión necesaria que tendría que recibir la lógica me ha empeñado a concederle una elucidación particular; constituye, pues, en un plano ampliado, la primera continuación de la *Fenomenología del espíritu* (Prefacio a la primera edición).

b) «En la *Fenomenología del espíritu* he presentado (*Dargestellt*) a la conciencia en su procesión, desde la primera oposición inmediata entre ella y el objeto hasta el saber absoluto. Este camino (*Weg*) atraviesa todas las formas de la *relación de la conciencia con el objeto* y tiene por resultado (*Resultate*) el *concepto de la ciencia*. Por consiguiente, ese concepto (hecha abstracción de que surge (*hervorgeht*) en el interior de la lógica misma) no tiene necesidad aquí de ninguna justificación, puesto que la comporta en sí mismo; y es incapaz de otra justificación que la de esta producción (*hervorbringung*) de sí a través de la conciencia, en la que todas sus figuras propias (*eigenen Gestalten*) se resuelven en una sola como en la verdad. Una justificación o una explicación racionante [*räsonierende*: es con esa palabra como Hegel define regularmente el modo discursivo de los prefacios] del concepto de la ciencia puede todo lo más tener como efecto que se convierta en un objeto de representación (*vor die Vorstellung*) y que un conocimiento histórico (*historische Kenntnis*) sea operado; pero una definición de la ciencia o más precisamente de la lógica no tiene su *prueba* más que en esa necesidad de su surgir (*Hervorgangs*)» (*Introducción*).

c) «Hasta aquí la filosofía no había encontrado aún su método; consideraba con envidia al edificio sistemático de la matemática y le tomaba, como hemos dicho, su método o se servía del método de las ciencias que no son más que mezclas de material (*Stoffe*) dado, de pensamientos y de proposiciones empíricas, cuando no rechazaba torpemente todo método. Pero la exposición de lo que únicamente puede constituir el verdadero método de la ciencia filosófica compete al discurso de la lógica misma; pues el método es la conciencia de la forma (*Form*) del automovimiento interior de su contenido. En la *Fenomenología del espíritu* he propuesto un ejemplo de ese método sobre un objeto más concreto, la conciencia» (*Introducción*).

dero *prefacio*, el *pre-dicado* esencial de todas las escrituras.

La forma de este movimiento está dictada por el concepto hegeliano de *método*. Igual que la *Introducción* (que sigue al *Prefacio*) a la *Fenomenología del espíritu* critica la crítica del conocimiento que trata a ésta como a un *instrumento* o como a un medio, del mismo modo la *Introducción a la Ciencia de la lógica* rechaza el concepto clásico de método: definición inicial de reglas exteriores a las *operaciones*, preliminares huecos, itinerario de *antemano* asignado al recorrido efectivo del saber. Critica *análoga* a la que Spinoza dirigía al concepto cartesiano de método. Si el camino de la ciencia es ya la ciencia, el método ya no es una reflexión preliminar y exterior; es la producción y la estructura del todo de la ciencia tal como se expone a sí mismo en la lógica. A partir de ahí, o bien el prefacio pertenece ya a esa exposición del todo, lo empeña y se empeña en él, y no tiene ninguna especificidad, ningún lugar textual propio, forma parte del discurso filosófico; o bien escapa a ello de alguna manera y no es nada: forma textual de vacancia, conjunto de signos vacíos y muertos, *caídos*, como la relación matemática, fuera del concepto vivo. Ya no es más que un *ensayo* maquinal y hueco, sin vinculación interna con el contenido que pretende anunciar <sup>(10)</sup>.

---

<sup>(10)</sup> Repetición formal y sin vinculación con el contenido; adorno puramente «retórico», es lo que condena la «buena retórica» mucho antes que Hegel. Esta condena era ya un *topos*. Pero había sido preciso que la regla del juego hubiese llegado a una especie de perfección técnica y a cierto absurdo modo de proceder. Los escritores romanos confeccionaban prefacios cada uno de los cuales podía presentar libros diferentes. Cicerón confía a Atticus que tiene en reserva, para cualquier necesidad, una colección de preámbulos.

¿Pero por qué se explica *eso en prefacios*? ¿Cuál es el estatuto de ese tercer término que no está *simplemente*, como *texto*, ni en lo filosófico, ni fuera de ello, ni en las señales ni en la marcha ni en los márgenes del libro? ¿Que no es detectado nunca sin huella por el método dialéctico? ¿Que no es ni una forma pura, absolutamente vacía, puesto que *anuncia* el camino y la producción semántica del concepto, ni un contenido, un momento del sentido, puesto que resulta exterior al logos y alimenta indefinidamente su crítica, aunque no fuese más que por la separación entre la raiocinación y la racionalidad, la historia empírica y la historia conceptual? A partir de las oposiciones forma/contenido, significante/significado, sensible/inteligible, no resulta posible comprender la escritura de un prefacio. Pero para *permanecer*, ¿existe un prefacio? Su espaciamiento (prefacio a una relectura) se separa en el lugar de la  $\chi\acute{\omega}\rho\alpha$ .

Limen notable del texto: lo que se lee de la diseminación: *Limes*: marca, marcha, margen. Demarcación. Puesta en marcha: cita: «*Ahora bien — esta cuestión se había anunciado también, explícitamente como cuestión de lo liminar.*»

*Prefacio de la Fenomenología del espíritu:*  
 «Podría parecer necesario indicar al comienzo los puntos principales que conciernen al *método* de este movimiento o de la ciencia. Pero su concepto se halla en lo que ya ha sido dicho, y su presentación auténtica (*eigentliche Darstellung*) no pertenece más que a la Lógica, o más bien es la Lógica misma. El método, en efecto, no es otra cosa que la estructura del todo expuesto en su

---

¿Cómo es posible esta repetición? ¿Qué (hay) de ese resto? Tal (es) la cuestión (del) fuera-de-libro.

pura esencialidad. Sin embargo, en lo que respecta a la opinión que hasta ahora ha regido sobre este punto, debemos de tener conciencia de que al referirse el sistema de las representaciones al método filosófico pertenece a una cultura ya sobrepasada. Esto podría parecer jactancioso o revolucionario (*renommistisch oder revolutionär*), aunque ese sea un tono del que yo siempre me he alejado lo más posible [*yo firmo pues este prefacio*]; pero se debe considerar que el aparato científico que nos ofrece la matemática —explicaciones, divisiones, axiomas, series de teoremas y sus demostraciones, principios con sus consecuencias y conclusiones—, todo eso ha, al menos, *envejecido* ya en la opinión.»

La fascinación por el modelo formal de la matemática habría, pues, guiado a los filósofos clásicos en su concepto de método, en su *metodología*, en sus discursos del método o sus reglas para la dirección del espíritu <sup>(11)</sup>. Ese formalismo mal ordenado consistiría en suma en imponer a la presentación de la verdad exergos que no tolera o que debería producir por sí misma; ciega al camino de la verdad y a la historicidad viva del método tal como se expone

---

<sup>11</sup> Esta vez no se trata sólo del *camino* de Descartes. La crítica apunta también a Spinoza. La *Introducción* a la *Lógica* lo precisa remitiendo al *Prefacio* a la *Fenomenología del espíritu*: «La matemática pura tiene también su método que conviene a sus objetos abstractos y a la determinación cuantitativa bajo la cual los considera exclusivamente. Sobre este método, y en general sobre el papel subordinado de la científicidad que puede encontrar sitio en la matemática, he dicho lo esencial en el *Prefacio* a la *Fenomenología del espíritu*; pero se les considerará aún con más detenimiento en el interior de la *Lógica*. SPINOZA, WOLFF y otros se han dejado extraviar aplicándolos a la filosofía y tomando el camino exterior de la cantidad sin concepto (*den äusserlichen Gang der begrifflosen Quantität*) por el camino del concepto, lo que es en sí y para sí contradictorio.»

y se engendra a sí misma en la Lógica. Allí es, en la Lógica, donde el prólogo debe y puede desaparecer. Hegel lo había dicho en el *Prefacio* de la *Fenomenología del espíritu*. ¿Por qué lo repite, no obstante, en la *Introducción a la Ciencia de la lógica*? ¿Qué hay aquí del «acontecimiento» textual? ¿De este dígrafo?

«No hay ciencia en la que la necesidad de comenzar sin reflexiones previas (*ohne vorangehende Reflexionen*), por la cosa misma (*von der Sache selbst*), se haga sentir de manera tan imperiosa como en la ciencia lógica. En todas las demás ciencias, el objeto tratado y el método científico son distintos; igualmente, su contenido no constituye un comienzo absoluto, sino que depende de otros conceptos y se mantiene en conexión con otras materias (*Stoffe*). Así, les está permitido a esas ciencias no hablar más que de una manera lematíca de su propio terreno, de sus conexiones, como del método...»

La *Introducción a la Lógica* lleva como subtítulo «Concepto general de la lógica». Hay que distinguir el *prefacio* de la *introducción*. No tienen la misma función ni la misma dignidad a los ojos de Hegel, aunque planteen un problema análogo en su relación con el corpus filosófico de la exposición. La *Introducción* (*Einleitung*) tiene una vinculación más sistemática, menos histórica, menos circunstancial con la lógica del libro. Es *única*, trata de problemas arquitectónicos generales y esenciales, presenta el concepto general en su división y su auto-diferenciación. Los prefacios, por el contrario, se multiplican de edición en edición y tienen en cuenta una historicidad más empírica; responden a una necesidad de circunstancias que Hegel definió, claro está, *en un*

*prefacio*: el *Prefacio* a la segunda edición de la gran *Lógica* (12). Y, sin embargo —es por lo que los problemas son, decíamos, *análogos*—, la *Introducción* debería también (habría) debido, también, desaparecer en la *Lógica*. No permanece en ella más que en la medida en que esta ciencia filosófica absolutamente *universal* debe provisionalmente, teniendo en cuenta la incultura ambiental, presentarse primero como una ciencia filosófica *particular*. Pues el único lugar legítimo de la *Introducción*, en el sistema, es la apertura de una ciencia *filosófica particular*, por ejemplo la *Estética* o la *Historia de la Filosofía*. La *Introducción* articula la generalidad determinada de ese discurso derivado y dependiente sobre la generalidad absoluta e incondicionada de la *lógica*. Hegel no se contradice, pues, lo más mínimo cuando plantea, en las *Lecciones* sobre la *estética* o sobre la *historia de la filosofía*, la necesidad de una *introducción* (13).

---

<sup>12</sup> 1831: recuerda que si Platón, como se ha dicho, había tenido que corregir siete veces su *República*, un filósofo moderno, tratando de un objeto más difícil, de un principio más profundo, de un material más rico, debería corregir su exposición setenta y siete veces. Lo que supone mucho tiempo libre. «Pero el autor debería también, respecto a la grandeza de la tarea, contentarse con lo que habrá podido hacer bajo la presión circunstancial de las necesidades exteriores, a pesar de la dispersión inevitable por la importancia y la complejidad de los intereses de su época.» Hegel hace también alusión al «charloteo ensordecedor» que oscurece el trabajo del conocimiento. No estuvo lo bastante distraído como para desconocer determinados efectos, por ejemplo éste: «Han encontrado así la categoría gracias a la cual pueden dejar a un lado a una filosofía que gana en importancia y acabar con ella de inmediato. La llaman una filosofía *de moda*» (*Lecciones sobre la historia de la filosofía*).

<sup>13</sup> Tratamiento de la paleonimia por explicitación y toma de conciencia: «Se deduce que no es para ninguna ciencia tan necesario como para la historia de la filosofía el hacerla preceder de una *Introducción* y el definir bien

El espacio liminar resulta, pues, abierto por una inadecuación entre la forma y el contenido del discurso o por una inconmensurabilidad del significante respecto al significado. Desde el momento en que se redujese su bloque a una sola superficie, el protocolo resultaría siempre una instancia formal. Los jefes de protocolo son en todas las sociedades los funcionarios del formalismo. La inadecuación entre la forma y el contenido habría debido desaparecer en la lógica especulativa que, a diferencia de las matemáticas, es a la vez la producción y la presentación de su contenido: «La lógica, por el contrario, no puede presuponer ninguna de esas formas de la

---

el objeto cuya historia debe ser expuesta. Pues, se puede decir, ¿cómo empezar a tratar un objeto cuyo *nombre* es corriente, cierto, pero del que no se sabe aún qué es? [...]. Pero cuando la noción de filosofía ha sido definida no de una forma arbitraria, sino científicamente, un tratado de ese tipo constituye la propia ciencia de la filosofía; pues esa ciencia tiene como carácter particular que su noción (*Begriff*) no forma más que aparentemente su principio y que sólo el tratado completo de esa ciencia es la prueba e incluso, se puede decir, el descubrimiento de la noción (*Begriff*) de ésta y que esta noción es esencialmente el resultado del tratado. Por consiguiente, también en esta Introducción hay que comenzar por la noción de la ciencia de la filosofía, del objeto de su historia. No obstante, ocurre, en conjunto, con esta Introducción que no debe referirse más que a la historia de la filosofía como lo que acaba de decirse de la misma filosofía. Lo que puede ser dicho en esta Introducción no tiene que ser estipulado por adelantado, pues no puede ser justificado y probado más que por la exposición de la historia. Esas explicaciones previas no pueden por esa razón ser incluidas en la categoría de las suposiciones arbitrarias. Ahora, situarlas al principio, a ellas que, según su justificación, son esencialmente resultados, no puede tener otro interés que el que puede tener una indicación previa de la materia más general de una ciencia. Es preciso al mismo tiempo que sirva para dejar a un lado muchas preguntas y condiciones que se podrían plantear a una historia de ese tipo como consecuencia de prejuicios habituales» (*Lecciones sobre la historia de la filosofía*). Consideraciones análogas en las *Lecciones sobre la estética. Introducción*.

reflexión o de esas reglas o leyes del pensamiento, porque forman parte de su contenido y deben basarse en él. Forman parte de ese contenido no sólo el enunciado del método científico, sino también el *concepto* mismo de la *ciencia* en general, que constituye además su último resultado.»

Su contenido es su último resultado: la lógica no tiene como objeto más que la científicidad en general, el concepto de la ciencia, el pensamiento mismo en tanto que concibe, conoce y se piensa. Si no tiene necesidad del lema es porque, comenzando por el pensamiento conceptual, debe también acabar por él y porque no sabe en principio todo de la científicidad cuyo concepto será también su última adquisición. Pero es preciso que sea *ya* su premisa, y que se anuncie al principio, abstractamente, lo que no sabrá más que al final, para que en su exordio esté ya *en* el elemento de su contenido y no tenga necesidad de pedir prestadas reglas formales a otra ciencia. De donde la necesidad de poner en movimiento la proposición siguiente que se contradice *inmediatamente* si se entiende según una linealidad no circular:

«Así, no puede [la Lógica] decir por adelantado (*voraussagen*) lo que es, sino que es sólo su tratamiento total (*ihre ganze Abhandlung*) quien produce ese saber de sí mismo como su término (*ihr Letztes*) y como su realización (*Vollendung*). Igualmente, su objeto, el *pensamiento* o con más precisión el pensamiento que concibe (*das begreifende Denken*) es esencialmente tratado en el interior de la lógica; su concepto se produce en su recorrido (*Verlauf*) y no puede pues ser anticipado (*vorausgeschickt*)».

Hegel debe pues anular inmediatamente el carácter lógico y científico de una Introducción a la Lógica en el mismo momento en que, proponiéndola (¿pero cuál es la operación textual de semejante proposición?), adelanta que la lógica no se deja preceder por ningún lema o prolema. Niega el carácter lógico de esta Introducción concediendo que no es más que una concesión y que *permanece*, como en la filosofía clásica, exterior a su contenido, formalidad destinada a retirarse de sí misma:

«Lo que es pues anticipado en esta Introducción no apunta a basar de algún modo el concepto de la Lógica o a legitimar por adelantado, de manera científica, el contenido y su método, sino, mediante algunas explicaciones y reflexiones, en el orden de la ración (*räsonnerendem*) y de la historia, hacer que se represente con más precisión el punto de vista a partir del cual hay que considerar a esta ciencia.»

La exigencia a que cede la Introducción resulta, ciertamente, accidental: se debe corregir el error histórico a que los filósofos de ayer y de la actualidad se han dejado arrastrar. Entrando en conflicto con ellos, Hegel se adelanta sobre su terreno, que es también el del lematismo, del matematicismo, del formalismo. Pero siendo este error una negatividad incontorneable (como la «conversación» filosófica que prescribe), aparece pensado, interiorizado, establecido por el movimiento del concepto, negado a su vez y reconvertido en parte integrante del texto lógico. La necesidad de este movimiento no tiene el porte de la paradoja o de la contradicción más que si se la observa desde la exterioridad

de una instancia formalista. Esta contradicción es más bien el movimiento mismo de la dialéctica especulativa y de su progreso discursivo. Construye el concepto de prefacio según los valores hegelianos de negatividad, de establecimiento, de presuposición, de resultado, de fundamento, de circularidad, etc., o según la oposición de la certeza a la verdad. La *precipitación significativa*, que empuja al prefacio hacia adelante, le hace semejar a una forma vacía privada aún de su querer-decir; pero como va delante de sí mismo, se halla predeterminado, en su texto, por el *a posteriori semántico*. Ahora, tal es la esencia de la producción especulativa: la precipitación significativa y el *a posteriori semántico* son aquí *homogéneos* y *continuos*. El saber absoluto está *presente* en el punto cero de la exposición filosófica. Su teleología ha determinado el prefacio en postfacio, el último capítulo de la *Fenomenología del espíritu* en prólogo, la *Lógica* en Introducción a la *Fenomenología del espíritu*. Este punto de fusión onto-teológica reduce la precipitación y el después-del-hecho a apariencias o a negatividades detectables.

Hegel se halla pues tan cercano y tan alejado como es posible de una concepción «moderna» del texto o de la escritura: nada precede absolutamente a la generalidad textual. No hay prefacio, no hay programa o al menos todo *programa* es ya *programa*, momento del texto, readopción por el texto de sus *propia* exterioridad. Pero Hegel opera esta generalización saturando el texto de sentido, igualando *teleológicamente* a su tenor *conceptual*, reduciendo todo dehiscencia absoluta entre la escritura y el querer-decir, haciendo desaparecer deter-

minado acontecimiento del corte entre la *anticipación* y la *recapitulación*: movimiento de cabeza.

Si el prefacio parece hoy día inadmisibles, por el contrario, porque ningún encabezamiento consiente ya la unión de la anticipación y de la recapitulación ni que una pase a otra. Perder la cabeza, no saber ya dónde dar con ella, tal es quizá el efecto de la diseminación. Si hoy en día resulta irrisorio intentar un prefacio que lo sea, es porque *sabemos* que es imposible la saturación semántica, y porque la precipitación significativa introduce un *desborde* («parte del forro que sobresale del paño», diccionario Littré) ingobernable, porque el después del hecho semántico ya no se vuelve una anticipación teleológica ni en el orden apaciguador del futuro anterior, porque la separación entre la «forma» vacía y la plenitud del «sentido» se halla estructuralmente sin recursos y porque, en fin, un formalismo, así como un tematismo resultan impotentes para dominar esa estructura. No la alcanzan queriendo dominarla. La generalización de lo gramático o de lo textual está unida a la desaparición, o más bien a la reinscripción del horizonte semántico, incluso y, sobre todo, cuando comprende la diferencia o la pluralidad. Al apartarse de la polisemia, más y menos que ella, la diseminación interrumpe la circulación que transforma en origen un a posteriori del sentido.

Pero la cuestión del sentido no hace más que abrirse y aún no hemos terminado con Hegel. *Sabemos*, decíamos antes. Ahora, sabemos aquí algo que ya no es nada, y de un saber cuya forma ya no se deja reconocer bajo ese viejo título. El tratamiento de la paleonimia ya no resulta aquí una toma de conciencia, una vuelta a tomar conocimiento

Sin duda Hegel hace valer, él también, su insistencia en cierta separación entre la forma y el contenido. Es decir, entre lo que él llama *certeza y verdad*. ¿No es la *fenomenología del espíritu* la historia de esos desplazamientos?, ¿el relato de un prefacio infinito? Criticando el formalismo, el matematismo, el cientifismo —que son siempre faltas de filosofía— Hegel se guarda de recusar la necesidad de los momentos formal, matemático, científico (en el sentido regional de la palabra). Se guarda bien de caer en el error simétrico: el empirismo, el intuicionismo, el profetismo. Pero esta complicidad de los desfallecimientos contrarios encuentra alojamiento en los prefacios como lugar de su elección. Pero es también a un prefacio a quien compete desenmascararla, a esta complicidad, según el exceso de una re-señalización (prefacio sobre el prefacio, prefacio en el prefacio) cuya diseminación debe problematizar la regla formal y el movimiento abismal; se trata de una muy distinta reinscripción de «el espacio muerto y del uno muerto», muy distinta y *por lo tanto* muy parecida, *doblando el Prefacio a la Fenomenología del espíritu*:

«La verdad es el movimiento de sí misma en sí misma, en tanto que este método [de tipo matemático] es el conocimiento que es exterior a la materia (*Stoffe*). Por eso es peculiar de la matemática, y se le debe dejar a la matemática que, como se ha observado, tiene como principio propio la relación privada del concepto, la relación de tamaño (*begrifflose Verhältnis der Grösze*) y tiene por materia (*Stoffe*) al espacio muerto y al Uno igualmente muerto. Este método puede también en un estilo más libre, es decir, mezclado con más arbitrariedad y contingencia, subsistir en la vida corriente, en una charla (*Konversa-*

tion) o en una información histórica que satisfacen más la curiosidad (*Neugierde*) que el conocimiento (*Erkenntnis*), como es igualmente poco más o menos el caso del prefacio (*Vorrede*) [...] Pero si la necesidad del concepto prohíbe la suelta marcha de la conversación racionante (*den losen Gang der rasonierenden Konversation*), tanto como el proceder de la pedantería científica, no por eso deben suplantarse al concepto el antimétodo (*Unmethode*) del presentimiento (*des Ahnens*) y del entusiasmo (*Begeisterung*), y lo arbitrario de esos discursos proféticos que desprecian no sólo esta científicidad sino toda científicidad en general.»

\* La dialéctica especulativa debe superar la oposición de la forma y del contenido como debe superar todo dualismo, y aún toda duplicidad sin renunciar a lo científico. Debe concebir científicamente la oposición de la ciencia a su contrario.

No basta, sin embargo, con alcanzar la triplicidad en general para ganar el elemento especulativo del concepto. El formalismo puede también acomodarse a la triplicidad, corromperla, fijarla en un *esquema* o en el *cuadro*, arrancarla a la vida del concepto. El blanco inmediato, es aquí la filosofía de la naturaleza de Schelling:

«Cuando la *Triplicidad (Triplizität)* que, en Kant, aún estaba muerta, privada del concepto (*unbegriffene*) y reencontrada por instinto, hubo sido elevada a su significación absoluta, estando allí expuesta en su contenido auténtico la forma (*Form*) auténtica (*wahrhafte*), surgió el concepto de la ciencia; pero no se puede atribuir aún un valor científico a la utilización actual de semejante forma, utilización según la cual la vemos reducida a un esquema sin vida (*leblosen Schema*), a, hablando con propie-

dad, una sombra (*zu einem, eigentlichen Schemen*), igual que vemos a la organización científica reducida a un cuadro (*Tabelle*). Este formalismo del que se ha hablado antes en general, y cuya manera queremos señalar aquí con más precisión, cree haber concebido y expresado la naturaleza y la vida de una formación (*Gestalt*) cuando le ha afirmado como predicado una determinación del esquema —sea la subjetividad o la objetividad, sea el magnetismo o la electricidad, etc., o la contracción o la expansión, oriente u occidente, etc., semejante juego puede ser multiplicado hasta el infinito ya que, en esta manera de proceder, cada determinación o formación puede ser reutilizada a su vez por las otras como forma o momento del esquema, y cada una por gratitud puede prestar el mismo servicio a la otra—, un círculo de reciprocidades por medio del cual no se experimenta lo que es la cosa misma, ni lo que es la una ni la otra. Se reciben de la intuición vulgar determinaciones sensibles que, indudablemente, deben *significar* algo distinto de lo que dicen; por otra parte, lo que es en sí significativo (*Bedeutende*), las puras determinaciones del pensamiento (sujeto, objeto substancia, causa, universal, etc.), son aplicadas con tanta irreflexión y ausencia de crítica como en la vida cotidiana y utilizadas de la misma manera que se emplean los términos de fuerza y de debilidad, de expansión y de contracción; en consecuencia, esta metafísica es igualmente tan poco científica como esas representaciones sensibles.

En lugar de la vida interior y del auto-movimiento (*Selbst-bewegung*) de estar-allí, semejante determinabilidad simple de la intuición, es decir aquí del saber sensible, se expresa según una analogía superficial, y esta aplicación exterior y vacía de la fórmula (*Formel*) es denominada *construcción* (*Konstruktion*). Este formalismo sufre la misma suerte que todo formalismo».

La inscripción taxonómica, la clasificación estática de las oposiciones duales y del tercer término, el pensamiento anatómico —el del prefacio, ahora se sabe— se contentan con etiquetar productos acabados e inertes. La triplicidad dialéctica no es más que aparente en la filosofía de la naturaleza de Schelling. Aplica desde el exterior, en una «construcción» prefabricada, oposiciones simples, fórmulas prescritas de una vez por todas: un poco como en una farmacia <sup>(14)</sup> o en una tienda de comestibles

<sup>14</sup> Una farmacia «china», quizá a la que se refiere Mao-Tse-Tung, en una fase muy hegeliana de su argumentación contra el formalismo, en especial contra «el quinto crimen del estilo estereotipado del Partido»: «Tener la manía de ordenar los puntos tratados según el orden de los signos cíclicos como en una farmacia china. Echad un vistado a cualquier farmacia china y veréis armarios con innumerables cajones, cada uno provisto de una etiqueta: aligustre, rehmania, ruibardo, dondiego y todo lo que queráis. Este método ha sido adoptado también por nuestros camaradas. En sus artículos y discursos, en sus libros e informes, utilizan primero las cifras chinas en caracteres mayúsculos, luego las cifras chinas en caracteres minúsculos, luego los signos cíclicos y los doce signos del zodiaco chino, luego también las letras mayúsculas A, B, C, D, las letras minúsculas a, b, c, d, las cifras árabes ¡y qué sé yo qué más! ¡Nuestros antepasados y los extranjeros crearon, por suerte, tantos símbolos para nuestro uso que podemos abrir sin ningún esfuerzo una farmacia china! Un artículo que, atiborrado con tales símbolos, no plantea, no analiza, no resuelve ningún problema y no se pronuncia ni a favor ni en contra de algo se convierte, a fin de cuentas, en una farmacia china y no tiene un contenido determinado. No digo que los signos cíclicos y otros símbolos no deban ser utilizados, pero sí que esta manera de tratar los problemas es equivocada. Muchos de nuestros camaradas se han encaprichado con el método de la farmacia china, que es en realidad el más vulgar y el más infantil de los métodos. Es el método formalista, que clasifica las cosas según sus signos externos y no según sus ligazones internas. Si, basándose únicamente en los signos externos de las cosas, se construye un artículo, un discurso o un informe con un revoltijo de conceptos que no tienen ninguna ligazón interna entre sí, lo único que se hace es juegos de manos con los conceptos, lo que puede llevar a otras personas a hacer otro tanto, a contentarse con enumerar fenómenos en el

bien surtidas, o como en un museo de historia natural donde están recogidos, clasificados y expuestos los miembros muertos, la osamenta fría de los organismos, las pieles secadas como pergaminos, las láminas de anatomía y otros cuadros que muestran lo vivo por lo muerto:

«Es justamente un cuadro que se asemeja a un esqueleto con pedazos de cartón pegados, o a una serie de cajas cerradas, con sus etiquetas, en una tienda de comestibles (*in einer Gewürzkrämerbude*); semejante cuadro ha apartado u ocultado profundamente la esencia viva de la cosa, y no resulta más claro que el esqueleto en que los huesos están sin la carne ni la sangre, ni que las cajas (*Büchsen*) en que hay encerradas cosas sin vida».

«Para presentar el imperio del pensamiento de manera filosófica, es decir, en su propia actividad inmanente o, lo que viene a ser lo mismo, en su desarrollo necesario, era precisa una nueva empresa y empezar por el principio; en cuanto al material adquirido, las formas de pensamiento conocidas, en ellas se debe de ver una proposición (*Vorlage*) de la mayor importancia, una condición necesaria y una presuposición que merecen nuestro conocimiento, incluso si no nos proporciona más que, entremezclado, un hilo descarnado o los huesos muertos de un esqueleto que se nos presentase sin orden» (*Ciencia de la lógica, Prefacio a la 2.<sup>a</sup> edición*).

A esta triplicidad de muerte, la dialéctica especulativa prefiere la triplicidad viva del concepto, la

---

orden de los signos cíclicos, en lugar de hacer funcionar su cerebro para examinar los problemas, de reflexionar sobre la esencia misma de las cosas. ¿Qué es un problema? Es la contradicción inherente a una cosa. Donde quiera que no ha sido resuelta la contradicción hay un problema.

que quedaría fuera del alcance de toda aritmética o de toda numerología. «El número tres es concebido con más profundidad en la religión como trinidad y en la filosofía como concepto. En general, la forma numérica, tomada como expresión, es muy pobre e insuficiente para presentar la verdadera unidad concreta. El Espíritu es ciertamente una trinidad, pero no podría ser sumado o contado. Contar es un mal procedimiento» (*Lecciones sobre la historia de la filosofía*).

Otra práctica de los números, la diseminación repone en escena una farmacia en la que ya no se puede contar ni por uno, ni por dos, ni por tres, aun empezando por la diada. La oposición dual (remedio/veneno, bien/mal, inteligible/sensible, alto/bajo, espíritu/materia, vida/muerte, dentro/fuera, habla/escritura, etc.), organiza un campo conflictual y jerarquizado que no se deja ni reducir a la unidad, ni derivar de una simplicidad primaria, ni establecer o interiorizar dialécticamente en un tercer término. El «tres» no dará ya la idealidad de la solución especulativa sino el efecto de una re-señalización estratégica que refiera, por fase y simulacro, el nombre de uno de los dos términos al exterior absoluto de la oposición, a esa alteridad absoluta que fue señalada —una vez más— en la exposición de la *diferencia*. Dos/cuatro, y la «cerca de la metafísica» no tiene ya, no ha tenido nunca la forma de una línea singular alrededor de un campo, una cultura acabada de oposiciones binarias, sino la figura de una partición muy distinta. La diseminación desplaza al tres de la onto-teología según el ángulo de determinado re-pliegue. Crisis del *versus*: esas señales no se dejan ya resumir o «decidir» en el dos de la especulación binaria ni establecer en el

tres de la dialéctica especulativa (por ejemplo, «diferenzia», «grama», «huella», «cala», «de-limitación», «fármakon», «suplemento», «himen», «marca-marcha-margen», y algunas otras, ya que el movimiento de esas señales se transmite a toda la escritura y no puede pues encerrarse en una taxonomía acabada, y aún menos en un léxico en tanto que tal), *destruyen* el horizonte trinitario. Lo destruyen textualmente: son las señales de la diseminación (y no de la polisemia) porque no se dejan en ningún *punto* sujetar por el concepto o el tenor de un significado. «Añaden» lo más o lo menos de un cuarto término. **«Aunque no sea más que un triángulo abierto en su cuarta cara, el cuadrado abierto afloja la obsidionalidad del triángulo y del círculo que desde su ritmo ternario (Edipo, Trinidad, Dialéctica) han gobernado a la metafísica. La afloja, es decir, que los delimita, los reinscribe, los relata».** La escritura de tal relato no pertenece ni al interior ni al exterior del triángulo, y las consecuencias de esto aún no han acabado de ser medidas.

La apertura del cuadrado, el suplemento del cuatro (ni la cruz ni el cuadrado cerrado), el más o el menos que separa la diseminación de la polisemia, helos aquí regular y explícitamente referidos a la castración (**«castración —a puesta de siempre—**); pero con ese exterior de la castración (caída sin regreso y sin economía restringida) que ya no podía ser comprendido y retomado en el campo logocéntrico y sublimante de la verdad hablante, de la significación, de lo simbólico, de la ley, del habla plena, de la dialéctica intersubjetiva, incluso de la triada intersubjetiva. Si la diseminación no es *simplemente* la castración que *entraña* (que entrañamos al leer esta palabra), no es sólo en razón de su carác-

ter «afirmativo», sino también porque, hasta aquí al menos, por una necesidad que no es nada accidental, el concepto de castración ha sido interpretado metafísicamente, fijado. El vacío, la falta, el corte, etc., han recibido un valor de significado o, lo que viene a ser lo mismo, de significante transcendental: presentación por sí de la verdad (velo/no velo) como *Logos*.

Aquí se juega la cuestión del psicoanálisis: se mide *prácticamente* con un texto que, no pudiendo «comenzar» más que en cuatro, ya no se deja, en ninguna parte, a no ser por simulacro, cerrar, dominar, rodear.

\* La diseminación abre, sin fin, esta *ruptura* de la escritura que ya no se deja recoser, el lugar en que ni el sentido, aunque fuese plural, ni *ninguna forma de presencia* sujeta ya la huella. La diseminación trata el *punto* en que el movimiento de la significación vendría regularmente a ligar el juego de la huella produciendo así la historia. Salta la seguridad de este punto detenido en nombre de la ley. Es —al menos— a riesgo de ese hacer saltar como se entablaba la diseminación. Y el rodeo de una escritura de donde no se vuelve.

Ya no se disociará más, a esta cuestión, de una vuelta a poner en escena del *aritmós* y del «contar» como «mal procedimiento». Ni de una relectura de *rítmós* democritiano, sea de determinada escritura con la que la filosofía no habrá podido contar, dejándose más bien contar desde su vigilia y su exterioridad sin descanso: un prefacio escrito de algún modo y que el discurso como tal ya no puede envolver en su circulación, en ese círculo en que se reúnen la imposibilidad y la necesidad especulativa del prolegómeno.

El prefacio escrito (el bloque del protocolo), el fuera-de-libro, se convierte entonces en un texto cuarto. Simulando el post-facio (<sup>15</sup>) la recapitulación y la anticipación recurrente, el auto-movimiento del concepto, es un texto muy distinto, pero al mismo

---

<sup>15</sup> Según la lógica del relevo, el post-facio es la verdad del prefacio (siempre enunciado «a posteriori») y del discurso (producido desde el saber absoluto). El *simulacro* del post-facio consistiría en fingir revelar a su término el sentido o el funcionamiento de un lenguaje.

Esta operación puede arrastrarse en el trabajo y la impaciencia cuando el que *ha escrito, dejando de escribir*, se esfuerza por alcanzar adecuadamente al hecho del texto pasado para desvelar su procedimiento efectivo o su verdad plena. Es el tedio de Jammes redactando todos sus prefacios al final de su vida para presentar sus obras completas. Es la protesta de Gautier: «Desde hace mucho tiempo andamos protestando de la inutilidad de los prefacios y, sin embargo, se siguen haciendo prefacios.» Es la irritación de Flaubert, que no veía en sus «tres prefacios» más que el hueco improductivo de la crítica. Y es cierto que en su concepto clásico, el prefacio representa la instancia crítica del texto, por doquier que opera («¡Cómo espero con impaciencia a haber terminado la *Bovary*, *Anubis* y mis tres *prefacios*, para entrar en un período nuevo, para entregarme a lo "Bello puro"!») A Louis Bouilhet, 23 agosto 1853. «¡Ah! ¡Qué impaciente estoy por desembarazarme de la *Bovary*, de *Anubis* y de mis tres prefacios (es decir, de las tres únicas veces, que no serán más que una, en que habré escrito críticas)! Qué prisa tengo por acabar con todo eso y lanzarme a todo riesgo a un tema vasto y propio.» A Louise Colet, 26 agosto 1853. (*Préface à la vie d'écrivain*, selección de cartas presentadas por Geneviève Bollème.)

Pero el simulacro puede también ser *representado*: simulando mirar hacia atrás y regresar se *vuelve a empezar*, se añade entonces un texto, se complica la escena, se practica en el laberinto la abertura de una disgresión suplementaria, de un falso espejo que hunda su infinitud en una especulación mimada, es decir, sin fin. Restancia textual de una operación que no es ni extraña ni reductible al cuerpo denominado «principal» de un libro, al pretendido referente del postfacio ni incluso a su propio tenor semántico. La diseminación propondría cierta teoría —a seguir también como una marcha de forma muy antigua— de la *disgresión*, escrita, por ejemplo, en los márgenes de *A Tale of a Tub* o, yendo más lejos, en la «trampa» del Segundo Prefacio a *La Nueva Eloísa*.

tiempo, como «discurso de asistencia», «el doble» de lo que excede.

La filosofía especulativa proscribiera pues el prefacio en tanto que forma vacía y precipitación significativa; lo prescribe en la medida en que el sentido se *anuncia* en él, que está siempre ya empeñado en

---

(Fuera-de-libro estaría —por ejemplo— el esbozo histérico de un *apéndice*, muy diferenciado en su estructura (la diseminación describe, ilustra, para ser más precisos, la suspensión de un extremo a otro) a todos los tratados (tratamientos, más bien, y tan extrañamente contemporáneos de su propia práctica) del *post-escrito*: a «*Cómo he escrito algunos de mis libros*», a *Ecce Homo* (*Por qué escribo tan buenos libros*), que viene a cruzarse con el «prefacio tardío» de *Aurora* o con el prólogo a la *Gaya Ciencia* («Este libro no exige quizá únicamente un solo prefacio (nicht nur eine Vorrede); y finalmente siempre quedará la duda de que cualquiera pueda, sin haber vivido (*erlebt*) algo parecido (*etwas Ähnliches*), ser aproximado (*näher gebracht*) por prefacios a la experiencia vivida (*Erlebnisse*) de este libro») al *Post-scriptum final no científico a las Migajas filosóficas*, *Composición mímico-patético-dialéctica*, *aportación existencia*, por Johannes Climacus, a su *Prólogo*, luego a su *Introducción* («Quizá te acuerdas, querido lector, de que al final de las *Migajas filosóficas* hay una pequeña frase, algo que podría tener la apariencia de promesa de una continuación. Considerada como promesa esa frase («Si alguna vez añado un nuevo capítulo a esta obra»), era ciertamente tan imprecisa como resultaba posible, tan alejada como era posible de ser un deseo» [...]). «Por eso es por lo que resulta dentro del orden que sea mantenida en una obra subsiguiente, y el autor no puede de ningún modo ser acusado, si es que hay algo de importante en todo el asunto, de haber dicho, de la manera de las mujeres, lo más importante en una postdata» [...]. «Pues resulta verdaderamente risible considerar todo como acabado y luego decir al final: falta el final. Si el final falta al final, entonces falta también al principio. Se debería, pues, decirlo al principio. Pero si el final falta al principio, eso significa entonces que no hay sistema.» [...] Tal es la intrepidez dialéctica. Pero el dialéctico no la ha adquirido aún.» [...] «La introducción trabajada distrae por su erudición...» [...] «La exposición retórica distrae intimidando al dialéctico.» Y finalmente a su *Anexo* (donde se explica que «El libro es, pues, superfluo», que «no contiene sólo un fin, sino, además, una retractación. No se puede, sin embargo, ni por adelantado ni después, pedir más» y «que escribir un libro y retractarse de él significa otra cosa

el Libro <sup>(16)</sup>. Este «contradicción» deja necesariamente huellas protocolarias, bloques de escritura en el texto hegeliano, por ejemplo, todo el instrumental de escritura que abre el capítulo sobre la certeza

que dejarlo escrito») y a su «*Primera y última explicación*» (que pone en relación el problema de la *pseudonimia* o *polinimia* con el del «autor del prefacio del libro»), al «*Apéndice*» del *Jubilé* de Jean-Paul [¿tiene aún sentido identificarle como maestro del doble?] (*Prodromus Galeatus*: «Un prefacio no debe ser más que un título más largo. Es preciso que éste, en mi opinión, se limite a aclarar la palabra *Apéndice*.» «... El primero y más antiguo Apéndice que menciona la historia de las literaturas se encuentra al final de mis «Divertimientos biográficos»; fue escrito, como todos saben, por el propio creador de ese género literario, es decir, por mí mismo. El segundo Apéndice de nuestra literatura se entrega al impresor bajo la especie de la presente obra y aparecerá a continuación de este prefacio. Ahora, como he dado el ejemplo de un Apéndice, y soy en esta materia como la academia y el modelo vivo sobre la mesa, los estetas tienen fácil la tarea; pueden sacar los Apéndices existentes y establecer la teoría, el método saludable, y los principios prácticos del género, modelar sobre mi poder creador el suyo legislativo.» [...] «La disgresión, en la novela, no es nunca esencial; en el Apéndice no se la puede tratar como accidental; allá es basuras estancadas, aquí se trata de una incrustación en el suelo, un Asaroton poético; así, los Antiguos ponían en sus mosaicos paja, huesos y otras cosas en *trompe-l'oeil*; o sea, que tenían la habitación donde poner sus basuras.») Y después de esta «rápida poética del Apéndice», que es también un análisis del excremento, después de todas las «disgresiones prometidas», en el *Apéndice del apéndice* o *Minuche de Navidad* («No creo que un autor escriba nada más a gusto que su prefacio y su postprefacio: pues ahí, por fin, puede hablar de sí páginas enteras, lo que le complace, y de su obra, lo que le deleita por encima de todo: —de la prisión, de la galera que es su libro, ha saltado a esos dos campos de placer, esos dos lugares de juego...» [...]) «¿No es para eso para lo que los encuadernadores dejan siempre dos hojas en blanco, una delante del prefacio y la otra después del epílogo, como, en una puerta, señales de vacancia, que indican que la hoja vecina está igualmente deshabitada y abierta a los primeros garabatos que lleguen? Sin embargo, esos espacios vacíos que rodean al jardín del libro son también los desiertos que deben separar a un libro de otro, como hay grandes espacios libres que separan los reinos de los germanos, o los de los americanos del norte, o los sistemas solares. Así, nadie se enc

sensible y cuyo extraño funcionamiento analizaremos en otro lugar. Pero se encoleriza cuando, al final del prefacio, que es también el final de la historia y el principio de la filosofía, el campo de la

---

jará si guardo mis preliminares y mis conclusiones —y ya desde el título me preparo, me aguzo— para ciertos días, días utópicos.» [...] Podría dar sólidos argumentos para fortalecerme y defenderme por haber conservado, como un fruto exquisito, el presente Apéndice del Apéndice para el primer día de fiesta. En concreto, podrían decirme que he esperado al día de Navidad para tener en él mi alegría navideña, como si fuese yo mi propio hijo...)

<sup>16</sup> Cf. Kojève, *Introduction à la lecture de Hegel*; J.-M. Rey, «Kojève ou la fin de l'histoire», *Critique* número 264, y E. Clemens, «L'histoire comme inachèvement», *R. M. M.* núm. 2, 1971. Precisemos que Feuerbach había interrogado ya en términos de *escriura* a la cuestión de la *presuposición* hegeliana y del residuo textual. Habría que releer aquí sistemáticamente y de forma muy diferenciada toda su *Contribución a la crítica de la filosofía de Hegel* (1839) («Hegel es el artista filosófico más perfecto, sus exposiciones son, en parte al menos, *modelos insuperados del sentido artístico científico...*» [...] «la exposición debía *no presuponer nada*, es decir, no dejar en nosotros ningún residuo, vaciarnos y agotarnos totalmente...»). Como eso no puede producirse, Feuerbach vuelve contra Hegel y, digámoslo, como revancha, la acusación de «empirismo especulativo» y de formalismo, y aun de «artificio» y de «juego». Más que en ninguno de sus términos, es en la necesidad de este intercambio y esta oposición en lo que aquí nos interesamos. «Pero es justamente por esa razón por lo que también en Hegel (dejando aparte su rigor científico en el desarrollo) la prueba de lo absoluto no tiene por esencia y *por principio* más que una significación *formal*. La filosofía hegeliana nos presenta, desde su comienzo y su punto de partida, una contradicción, contradicción entre la verdad y la científicidad, entre la esencialidad y la formalidad, entre el *pensamiento* y la *escritura*. *Formalmente*, la idea absoluta no es, sin duda, presupuesta, pero en el fondo lo es.» [...] «La alienación (*Entäußerung*) de la idea no es, por así decirlo, más que un *artificio*; hace como si, pero no se toma en serio; *juega*. La prueba decisiva es el principio de la Lógica, cuyo comienzo debe ser el comienzo de la filosofía en general. Comenzar, como lo hace, por el ser no es más que un puro formalismo, pues el ser no es el verdadero absoluto, pues antes de que *escriba* la Lógica, es decir, antes de que dé a sus ideas lógicas una forma de comunicación científica, la idea absoluta era para Hegel

aprioridad conceptual no conoce ya límite. Es al final de un célebre prefacio donde Hegel describe el extraño *después* del concepto y de la aprioridad filosófica, el retraso que desaparece *planteándose*:

«Para decir aún algo más sobre la *pretensión de enseñar (das Belehren)* cómo debe ser el mundo, observamos que en todo. La filosofía llega siempre demasiado tarde. En tanto que *pensamiento (Gedanke)* del mundo, aparece primero en el tiempo, después que la efectividad ha llevado a cabo el proceso de su formación y se ha terminado. Eso, que el concepto enseña, la historia lo muestra también necesariamente, a saber, que es primero en la madurez de la efectividad donde el ideal aparece frente a lo real y después de haber recogido al mismo mundo en su substancia, se edifica en forma de un imperio intelectual. Cuando la filosofía pinta gris sobre gris, una forma de vida ha envejecido, y con el gris sobre gris no se deja rejuvenecer, sino sólo reconocer. El buho de Minerva no emprende su vuelo más que a la caída del día.

Pero ya es hora de cerrar este prefacio (*Vor-*

---

una certidumbre, una verdad inmediata.» [...] «La idea absoluta era una certidumbre absoluta para el *pensador Hegel*, pero para el *escritor Hegel* era una incertidumbre formal.» (*Manifiestos filosóficos*, subrayados de Feuerbach.)

¿Qué es lo que impediría —esa es la cuestión— leer el *texto* hegeliano como un inmenso juego de escritura, un poderoso y, por lo tanto, imperturbable simulacro que no da las señales indecibles de su artificio a quien podría leerlas más que en el sub-texto, la fábula flotante de sus prefacios y de sus notas? Hegel en persona habría podido, a fin de cuentas, y sin que eso cambiase nada del texto, dejarse atrapar ahí. Inversión y quiasmo, Feuerbach se le cruza y le llama intempestivamente a la seriedad de la filosofía y de la historia: «Es preciso que el filósofo introduzca en el *texto* de la filosofía el papel del hombre que *no* filosofa, más aún, que está *en contra* de la filosofía, que *combate* al pensamiento abstracto, o sea todo lo que Hegel rebaja al estado de *nota*.» (*Tesis provisionales para la reforma de la filosofía*. Subrayados de Feuerbach.)

wort); en tanto que prefacio (*als Vorwort*) no tendía más que a hablar, de forma exterior y subjetiva, del punto de vista del escrito que anticipa. Si se debe de hablar de un contenido de manera filosófica, no hay lugar más que para un tratamiento científico, objetivo, aunque a los ojos del autor, la objeción (*Widerrede*) que presentaría otra forma distinta de la de un tratamiento científico de la cosa misma debe no tener más que el valor de un postfacio (*Nachwort*) subjetivo y de una afirmación cualquiera, y serle indiferente» (*Prefacio a los Principios de la filosofía del derecho*).

El fin del prefacio, si es posible, es el momento a partir del cual el orden de la exposición (*Darstellung*) y la cadena del concepto, en su automovimiento, se recobran según una suerte de síntesis a priori: basta de separación entre la producción y la exposición, sólo una *presentación* del concepto por él mismo, en su propia habla, en su logos. Basta de anterioridad o de retraso de la forma, basta de exterioridad del contenido, la tautología y la heterología se unen en la proposición especulativa. El procedimiento analítico y el procedimiento sintético se envuelven mutuamente. El concepto se enriquece *a priori* con sus determinaciones sin salir de sí mismo o regresando siempre junto a sí mismo, al elemento de la presencia en sí. Determinación efectiva de lo «real» y reflexión «ideal» se unen en la ley inmanente del mismo desarrollo.

Si Marx tuvo que defenderse de este apriorismo y del idealismo hegeliano de que no dejaron de acusarle desde bien temprano, es precisamente en razón de su *método de exposición*. Esta defensa tiene una relación esencial con su concepto y su práctica del prefacio.

Recordemos que él se explica a este respecto en el *Postfacio* (*Nachwort*) a la segunda edición alemana del *Capital* (enero 1873). No resulta irrelevante que sea justamente antes de sus párrafos más célebres sobre el derrocamiento de la dialéctica hegeliana donde Marx propone la distinción a sus ojos decisiva entre el *procedimiento de exposición* y el *procedimiento de investigación*. Sólo esta distinción interrumpiría la *semejanza* entre la forma de su discurso y la de la presentación hegeliana. Esta semejanza había extraviado a los «fabricantes de explicaciones» que denunciaban entonces «la sofística hegeliana».

Pero no se puede deshacer este parecido más que transformando, con las oposiciones forma/materia o contenido (*Form/Stoff*), idealidad/materialidad (*Ideelle/Materielle*), los conceptos de reflexión y de anticipación, es decir, la relación del comienzo con el desarrollo y de la introducción con el proceso. Esta relación no es la misma en lo real y en el discurso; no es la misma en el discurso de *investigación* y en el discurso que *presenta* a posteriori el *resultado*. Es este valor de resultado (el «fundamento» es el «resultado» para Hegel <sup>(17)</sup>) lo que sostiene todo el debate.

«El *Mensajero europeo*, revista rusa, publicada en San Petersburgo, en un artículo enteramente consagrado al método del *Capital*, declara que mi procedimiento de investigación (*Forschungsmethode*) es rigurosamente realista, pero que mi método de exposición (*Darstellungsmethode*) es esencialmente hegeliano».

---

<sup>17</sup> Cf. el principio de la «Teoría del ser» en la gran lógica. Sobre este problema y el «resalte» de este resultado, cf. también Heidegger, *Identidad y Diferencia*.

*thode*) se halla por desgracia dentro de la manera dialéctica alemana (*deutsch-dialektisch*).

«A primera vista, dice, se juzga por la forma externa de la exposición (*Form der Darstellung*), Marx es un idealista a machamartillo (*der grösste Idealphilosoph*), y eso en el sentido de la palabra. En realidad, es infinitamente más realista que ninguno de los que le han precedido en el campo de la economía crítica... No se puede de ningún modo llamarle idealista.»

[...] Definiendo así lo que denomina mi método efectivo (*wirkliche Methode*) con tanta exactitud, y, en lo que concierne a la aplicación que he hecho de él, con tanta benevolencia, ¿qué es lo que ha definido el autor sino el método dialéctico? Ciertamente que el procedimiento de exposición (*Darstellungweise*) debe distinguirse formalmente (*formell*) del procedimiento de investigación (*Forschungsweise*). A la investigación corresponde hacer suya a la materia (*Stoff*) en todos sus detalles, analizar sus diversas formas de desarrollo, y descubrir su vinculación íntima. Una vez llevada a cabo esta tarea, pero sólo entonces, el movimiento efectivo (*wirkliche Bewegung*) puede ser expuesto convenientemente. Si se llega a ello, de suerte que la vida de la materia (*Stoff*) se refleje en su reproducción ideal (*spiegelt sich ideell wider*), ese espejismo puede hacer creer en una construcción (*Konstruktion*) a priori.

Mi método dialéctico no sólo difiere en su base (*der Grundlage nach*) del método hegeliano, sino que es incluso su contrario directo (*direktes Gegenteil*). Para Hegel, el proceso de pensamiento (*Denkprozess*) que él transforma bajo el nombre de Idea en un sujeto independiente (*in ein selbst-ständiges Subjekt*), es el demiurgo de la efectividad, la cual no es más que el fenómeno exterior. Para mí, por el contrario, lo ideal (*ideelle*) no es otra cosa, que lo material (*Mate-*

*rielle*) transpuesto y traducido (*umgesetzte und übersetzte*) en la mente del hombre (<sup>18</sup>).

Si en lugar de comprometernos aquí hacia *el* debate *fundamental* en su forma clásica (¿qué pasa aquí con los conceptos de método, de reflexión, de presuposición, de fundamento, de resultado, de efectividad, etc.?, desde el punto de vista hegeliano, ¿es la argumentación del *Postfacio* la *Widerrede* de un realismo empírico, que, planteando la exterioridad absoluta de lo real al concepto, de la determinación efectiva al proceso de exposición, desembocaría necesariamente en un formalismo, incluso en un criticismo idealista indefinidamente retenido en su prefacio?, etc.), nos limitamos en apariencia a indicios «textuales», es porque nos encontramos ahora en el punto en que se juega la relación del «texto» —en el sentido clásico y estrecho de esa palabra— y de lo «real», y porque se trata de los conceptos de texto y de fuera-de-texto, de la transformación. El nuevo texto que nos retiene y parece limitarnos, es también el desborde infinito de su representación clásica. Ese desborde, esa delimitación, da a reeler la forma de nuestra relación con la lógica hegeliana y con todo lo que en ella se resume. La efracción hacia al alteridad radical (la mirada del concepto filosófico —del concepto) adopta siempre, *en la filosofía*, la *forma* del a posteriori y del empirismo (<sup>19</sup>). Pero se trata de un efecto de la

---

<sup>18</sup> Se conoce mejor la continuación (*El capital*, L. I). Cf. también la Advertencia de Althusser a la edición Garnier-Flammarion del *Capital* (1969), sobre todo las páginas 18-23, y Söllers: «Lénine et le matérialisme philosophique», en *Tel Quel* núm. 43.

<sup>19</sup> Sobre el empirismo como forma o máscara filosóficas del desbroce heterológico, cf., por ejemplo, *l'écriture et la différence*, pp. 224 ss.; *De la grammatologie*, «L'exor-

reflexión especular de la filosofía que no puede inscribir (comprender) su exterior más que asimilándose la imagen negativa, y la diseminación se escribe sobre el reverso —el azogue— de ese espejo. No sobre su fantasma derrocado. Ni en el orden triádico y simbólico de su sublimación. Se trata de saber lo que, escribiéndose bajo la máscara del empirismo, derrocando a la especulación, *hace también otra cosa* y hace impracticable una detección hegeliana del prefacio. Esta cuestión debe imponer lecturas prudentes, diferenciadas, lentas, estratificadas. Deberá referirse, por ejemplo, al motivo del «comienzo» en el texto de Marx. Aunque reconozca, como lo hace Hegel en la gran *Lógica*, que «en todas las ciencias el comienzo es arduo» (*Prefacio* de la primera edición del *Capital*, 1867), Marx tiene una relación muy distinta con la escritura de sus introducciones. Lo que ante todo pretende evitar es la *anticipación* formal. Hegel también, desde luego. Pero aquí, el «resultado» que se espera, el que debe preceder y condicionar a la introducción, no es una determinación pura del concepto, y menos aún un «fundamento».

¿Se debe únicamente a que se trata de lo que Hegel habría llamado una *ciencia particular*? ¿Y la economía política es una ciencia regional? <sup>(20)</sup>.

En cualquier caso, sigue ocurriendo que la forma prefacial no se deja ya con facilidad *interiorizar* en la aprioridad lógica del libro y en su *Darstellung*.

---

bitant», «question de méthode», pp. 232 ss. (hay ed. en español, ed. Siglo XXI), y «*La différence*», en *Théorie d'ensemble*, col. *Tel Quel*, p. 45.

<sup>20</sup> Pero es todo el esquema de la subordinación de las ciencias, y luego de las ontologías regionales a una ontológica general o fundamental, lo que se encuentra quizá aquí barajado. Cf. *De la grammatologie*, p. 35.

«Los dos primeros capítulos constituyen el contenido del presente volumen. Tengo ante mis ojos el conjunto de la documentación en forma de monografías puestas sobre el papel con largos intervalos para aclararme yo mismo, y no para imprimirlas, y cuya elaboración sistemática, de acuerdo con el plan indicado, dependerá de las circunstancias.

Suprimo una introducción general (*allgemeine Einleitung*) que había esbozado porque, después de reflexionar, me parece que anticipar resultados que primero hay que demostrar sólo puede resultar enojoso, y el lector que quiera seguirme deberá decidirse a pasar de lo singular a lo general. Por el contrario, creo que algunas indicaciones sobre el curso de mis propios estudios de economía política tienen aquí su lugar [...] Esos estudios me condujeron particularmente por sí mismos a disciplinas que parecían alejarme de mi propósito y en las que me fue preciso detenerme durante más o menos tiempo. Pero lo que sobre todo abrevió el tiempo de que disponía fue la imperiosa necesidad de hacer un trabajo remunerador. Mi colaboración que ya dura ocho años con el *New York Tribune*...» (*Prefacio a la Crítica de la economía política*, 1859).

El desarrollo se halla tan poco regulado de acuerdo a una ley de inmanencia conceptual, resulta tan poco anticipable, que debe llevar las señales visibles de sus revisiones, cambios, extensiones, reducciones, anticipaciones parciales, conjunto de notas, etc. El *Prefacio* de la primera edición del *Capital* (1867), exhibe, precisamente, el trabajo de transformación a que ha sido sometido el «primer plan de exposición», la heterogeneidad cuantitativa y

cualitativa de los desarrollos, y todo el escenario histórico en que se inscribe (21).

Así se dibuja el espacio disimétrico de un post-scriptum a la gran Lógica. Espacio general e infinitamente diferenciado. Sin duda tan dependiente en apariencia y derivado como puede serlo un post-scriptum, pero fuerza de un no-regreso histórico, resistente a toda recompreensión circular en la domesticidad anamnésica (*Erinnerung*) del Logos, recobrando y proclamando la verdad en su habla plena.

Estamos en un quiasmo desigual. La razón por la que Hegel descalifica al prefacio (su exterioridad formal, su precipitación significativa, su textualidad liberada de la autoridad del sentido o del concepto, etcétera), ¿cómo no reconocer en ella la denuncia misma de la escritura, tal como la leemos aquí? El prefacio resulta entonces necesario y estructuralmente interminable, ya no se le puede describir en términos de la dialéctica especulativa: ya no es únicamente una forma vacía, un significado vacante, la empiricidad pura del no-concepto sino una estruc-

---

<sup>21</sup> «La obra cuyo primer volumen entrego al público es la continuación de un escrito publicado en 1859 con el título de *Crítica de la economía política*. Este largo intervalo entre las dos publicaciones me ha sido impuesto por una enfermedad de varios años.

A fin de dar a este libro un complemento necesario he hecho entrar, resumiéndolo, en el primer capítulo el escrito que le había precedido. Es cierto que he juzgado preciso modificar en este resumen mi primer plan de exposición (*Die Darstellung ist verbessert*). Gran número de puntos, antes simplemente indicados, ahora se desarrollan ampliamente, mientras que otros, completamente desarrollados antes, aquí sólo se indican. La *historia de la teoría del valor y de la moneda*, por ejemplo, ha sido descartada, pero, en cambio, el lector encontrará en las notas del primer capítulo nuevas fuentes para la historia de esa teoría.

En todas las ciencias el comienzo es arduo (*Aller Anfang ist schwer, gilt in jeder Wissenschaft*).»

tura distinta, más poderosa, y que da cuenta de los efectos de sentido, de concepto, de experiencia, de realidad, reinscribiéndolos sin que esa operación sea la inclusión de un «*begreifen*» ideal. A la inversa, lo que siempre se le impone a Hegel, de hecho, como forma de prefacio (ese movimiento por el que el concepto se anuncia ya, siempre, se precede a sí mismo de su *telos*, instala desde siempre al texto en el elemento de su sentido), ¿no es lo que a nuestros ojos lo convierte hoy en arcaico, académico, contrario a la necesidad del texto, retórica anticuada, sospechosa de reducir la cadena de la escritura a sus efectos de tema o a la formalidad de sus ordenaciones? Si la diseminación no tiene prefacio, no es para abrir alguna producción inaugural, alguna presentación de sí; muy al contrario, es porque marca los límites esenciales y comunes de la retórica, del formalismo y del tematismo, así como del sistema de su intercambio.

Por un lado, se excluye el prefacio, pero hay que escribirlo: para integrarlo, para borrar de él el texto en la lógica del concepto que no puede presuponerse. Por el otro lado (casi el mismo) se excluye el prefacio pero se le escribe aún haciéndole funcionar ya como momento del texto relanzado, como pertenencia a una economía textual que ningún concepto podría anticipar o establecer. «Momento» y «pertenencia» no puede pues designar ya aquí a la simple inclusión en alguna interioridad ideal de la escritura. Adelantar que no hay fuera-de-texto absoluto, no es postular una inmanencia ideal, la reconstitución incesante de una relación propia de la escritura. Ya no se trata de la operación idealista y teológica que, a la manera hegeliana, suspende y establece el exterior del discurso, del logos, del concep-

to, de la idea. El texto *afirma* el exterior, marca el límite de esa operación especulativa, desconstruye y reduce a «efectos» todos los predicados mediante los cuales se apodera la especulación del exterior. Si no hay nada fuera del texto, eso implica, con la transformación del concepto de texto en general, que éste ya no sea el interior cerrado de una interioridad o de una identidad propia (aunque el motivo del «exterior a cualquier coste» pueda a veces presentar un papel tranquilizador: un cierto interior puede resultar terrible) sino otra disposición de los efectos de apertura y de cierre.

En los dos casos, el prefacio es una ficción («He aquí a Alcidas cínico, componiendo este prefacio para reír»). Pero en el primero, la ficción está al servicio del sentido, la verdad es (la verdad) de la ficción, lo ficticio se ordena en una jerarquía, se arrastra y se niega a sí mismo como accesorio del concepto. En el otro caso, fuera de todo mimetologismo, se afirma como simulacro, desorganiza, desde el trabajo de ese artificio textual, todas las oposiciones a las que la teleología del libro debía subordinarle violentamente.

Tal sería, por ejemplo, el juego del «prefacio híbrido» o del «prefacio del renegado» en *los Cantos de Maldoror*. Mediante un suplemento de simulacro, el Canto sexto *se presenta* como cuerpo del texto efectivo, la operación *real* de la que los cinco primeros Cantos no habrían sido más que el prefacio didáctico, la exposición «sintética», el «frontispicio», la fachada que se ve desde delante, antes de toda penetración, el grabado representado en la cubierta del libro, el frontón representativo que entrega por adelantado «la explicación previa de mi poética futura» y el «enunciado de la tesis».

¿Dónde situar, en el tópico del texto, esa extraña *declaración*, ese resultado que *ya no está* en el prefacio y *aún no está* en la parte «analítica» que parece comenzar entonces?

«Los cinco primeros relatos no han sido inútiles; eran el frontispicio de mi obra, el fundamento de la construcción, la explicación previa de mi poética futura: y me debía a mí mismo, antes de cerrar la maleta y ponerme en camino para las comarcas de la imaginación, el advertir a los amantes sinceros de la literatura, mediante el esbozo rápido de una generalización clara y precisa, de la finalidad que había resuelto proseguir. En consecuencia, mi opinión es que, ahora, la parte sintética de mi obra está completa y suficientemente parafraseada. Por ella habéis tenido conocimiento de que me he propuesto atacar al hombre y a Aquel que lo creó. ¡Por el momento, y también después no tenéis necesidad de saber más! Nuevas consideraciones me parecen superfluas, pues no harían más que repetir, bajo otra forma más amplia, es verdad, pero idéntica, el enunciado de la tesis cuyo primer desarrollo verá el fin de este día. Resulta, por las observaciones anteriores, que mi intención consiste en emprender, desde ahora, la parte analítica; eso es tan cierto que hace sólo unos minutos yo expresaba el ardiente deseo de que os encontraseis aprisionado en las glándulas sudoríferas de mi piel para verificar la veracidad de lo que afirmo, con conocimiento de causa. Es preciso, lo sé bien, apuntalar con gran número de pruebas la argumentación comprendida en mi teorema; ¡pues bien, esas pruebas existen, y sabéis que yo no ataco a nadie sin tener motivos serios! Me río a mandíbula batiente...»

Todo eso tiene aún lugar al final de un prefacio, en el crepúsculo, entre la vida y la muerte, y el

último Canto se elevará aún, al «fin de ese día». Y será el «primer desarrollo» de una «tesis» enunciada. Recurriendo, para burlarse de ella, a la oposición de los dos modos de demostración matemática, el análisis y la síntesis, Lautréamont invierte paródicamente sus lugares y reencuentra, debatiéndose en él como Descartes <sup>(22)</sup>, las limitaciones y el *topos* del «círculo vicioso». El prefacio, modo sintético de la exposición, discurso de los temas, de las tesis y de las conclusiones, precede aquí, como siempre, al texto analítico de la invención que le habrá *efectivamente adelantado*, pero que no puede, so pena de resultar ilegible, presentarse o enseñarse a sí mismo. Sin embargo, el prefacio que debe hacer inteligible al texto no podrá a su vez darse a leer más que después de la travesía efectiva e infinita del camino pantanoso («camino abrupto y agreste, a través de los pantanos desolados de estas páginas sombrías y llenas de veneno»). No se convertirá en discurso del método, exposición de la poética, conjunto de reglas formales, más que después del recorrido irruptivo de un método *practicado* esta vez como una camino que se abre y se construye a sí mismo, sin itinerario previo. De donde el artificio de un prefacio que «no parecerá quizá bastante na-

---

<sup>22</sup> Se pondrá este texto de Descartes en relación con el Canto sexto, pero también con la distinción, recordada por el postfacio del *Capital*, entre *procedimiento de investigación* y *procedimiento de exposición*: «La manera de demostrar es doble: una se hace mediante el análisis o resolución, y otra mediante la síntesis o composición. El análisis muestra la verdadera vía por la que una cosa ha sido metódicamente inventada, y hace ver cómo los efectos dependen de las causas; de suerte que si el lector le quiere seguir y echar la vista cuidadosamente sobre todo lo que contiene, no entenderá menos perfectamente la cosa así demostrada y no la hará menos suya que si él mismo la hubiese inventado. Pero esta clase de demostración no es

tural» y que en todo caso no será nunca simplemente tachado (23). (Se) vuelve a lanzar por el contrario (a) otro prefacio a una nueva novela:

«No me retractaré de mis palabras; pero contando lo que habré visto, no me será difícil, sin otra ambición que la verdad, el justificarlas. Hoy, voy a fabricar una pequeña novela de treinta

---

apta para convencer a los lectores testarudos o poco atentos: pues si se deja escapar, sin prestar atención, la más mínima cosa de las que propone, la necesidad de sus conclusiones no aparecerá en absoluto. [...] La síntesis, por el contrario, por una vía muy distinta, y como examinando las causas por sus efectos (aunque la prueba que contiene sea a menudo también efectos por sus causas), demuestra en verdad claramente lo que está contenido en sus conclusiones y se sirve de una larga serie de definiciones, de preguntas, de axiomas, de teoremas y de problemas, a fin de que, si se le niegan algunas conclusiones, haga ver cómo son conocidas en sus antecedentes y arranque el consentimiento al lector, por obstinado y testarudo que pueda ser; pero no da, como la otra, entera satisfacción a las mentes de quienes desean aprender, porque no enseña el método por el que la cosa ha sido inventada.» (*Segundas Respuestas.*)

La vía sintética, procedimiento didáctico y prefacio segundo, no se impone, pues, más que para vencer los «prejuicios» «a que estamos acostumbrados desde nuestra infancia» (*ibid.*), «lo cual ha sido la causa de que yo haya escrito más bien unas *Meditaciones* que unas disputas o cuestiones, como hacen los filósofos, o bien teoremas o problemas, como los géometras, a fin de testimoniar con ello que no he escrito más que para quienes deseen hacer el esfuerzo de meditar conmigo seriamente y considerar las cosas con atención. [...] Pero, no obstante [...] trataré de imitar aquí la síntesis» (*ibid.*).

Al contrario que las *Meditaciones*, los *Principios* siguen, como es sabido, el orden sintético. Su *Prefacio* (*Carta del autor a quien ha traducido el libro, la cual puede servir de prefacio*) recomienda que se lea el libro «primero todo seguido como una novela», pero en total tres veces.

<sup>23</sup> «Alejandro Dumas hijo no hará nunca, nunca jamás, un discurso de reparto de premios en un liceo. No conoce lo que es la moral. Esta no transige. Si lo hiciese, debería previamente tachar de un plumazo todo lo que hasta ahora ha escrito, empezando por sus *Prefacios absurdos* (*Poésies*)»

páginas; esta medida resultará a continuación poco más o menos idéntica. Esperando ver prontamente, uno u otro día, la consagración de mis teorías aceptada por una u otra teoría literaria, creo haber encontrado por fin, tras algunos tanteos, mi fórmula definitiva. Es la mejor: ¡puesto que se trata de la novela! Este prefacio híbrido ha sido expuesto de una manera que quizá no parezca bastante natural, en el sentido de que sorprende, por así decirlo, al lector, que no ve con claridad al principio a dónde quiere llevarle; pero ese sentimiento de notable estupefacción, al que deben generalmente buscar escaparse quienes pasan su tiempo leyendo libros o folletos, he hecho todo lo posible por producirlo. En efecto, me era imposible no hacerlo, a pesar de mi buena voluntad: sólo más tarde, cuando hayan aparecido algunas novelas, comprenderéis mejor el prefacio del renegado, de rostro renegrido.

Antes de entrar en materia, encuentro estúpido que sea necesario (pienso que no todos serán de mi opinión, si me equivoco) que ponga junto a mí un tintero abierto y algunas hojas de papel. De ese modo, me será posible empezar, con amor, por ese sexto canto, la serie de poemas instructivos que estoy impaciente por producir. ¡Dramáticos episodios de una implacable utilidad! Nuestro héroe advirtió que andando por las cavernas y tomando por refugio a los lugares inaccesibles, transgredía las leyes de la lógica, y caía en un círculo vicioso».

Seguirá la demostración: Maldoror escapa al círculo saliendo de cierta caverna, del «fondo de mi querida caverna» (Canto primero), no ya hacia la luz de la verdad, sino según una topología muy distinta donde se entremezclan los límites del prefacio y del texto «principal». Propagando los venenos, re-

construyendo los cuadrados, analizando las piedras atravesando las columnas, y las rejas <sup>(24)</sup>, horcas y alambradas de los *Cantos de Maldoror*, la diseminación desplaza también toda una onto-espeleología, otro nombre de la mimetología: no la mimesis, enigma de un poder temible, sino una interpretación de la mimesis que desconoce la lógica del doble y de todo lo que fue denominado en otro lugar

---

<sup>24</sup> *Las rejas*: «En la muralla que servía de valladar al patio, y situada del lado del oeste, habían sido practicadas parsimoniosamente diversas aberturas, cerradas por una ventanilla enrejada.» [...] «A veces, la reja de una ventanilla se alzaba rechinando, como gracias al impulso ascendente de una mano que violentase la naturaleza del hierro...» [...] «... mientras que él tenía aún la pierna enganchada en las torsiones de la reja...» «... al cabo de unos instantes, llegué ante una ventanilla, cuya reja tenía sólidos barrotes que se entrecruzaban estrechamente. Quise mirar al interior a través de ese espeso tamiz. Al principio no pude ver nada...» «... A veces lo intentaba, y mostraba uno de sus extremos ante el enrejado de la ventanilla...» «¡... Y mi vista se pegaba a la reja con más energía!» (siete veces). «Ha dicho que había que atarme a una alambrada...». Etc.

*Las columnas*: «Mi palacio magnífico está construido con murallas de plata, columnas de oro...» «Revolotean en torno a las columnas, como las ondas espesas de una cabellera negra.» «... No habléis de mi columna vertebral, pues es una espada.» «Compadeceré al hombre de la columna.» Etc.

*Los cuadrados*: «La baba de mi boca cuadrada.» «... Pero el orden que os rodea, representado sobre todo por la regularidad perfecta del cuadrado, el amigo de Pitágoras, es aún mayor.» «... Dos torres enormes se distinguían en el valle; lo he dicho al principio. Multiplicándolas por dos el producto era cuatro..., pero no comprendía muy bien la necesidad de esa operación aritmética.» «... ¡Por eso no vuelvo a pasar nunca por el valle en que se alzan las dos unidades del multiplicando!» «... Me arranqué todo un músculo del brazo izquierdo, porque ya no sabía lo que me hacía, tan conmovido me hallaba ante ese cuádruple infortunio. Y yo, que creía que eran materias de excremento.» «... Ese lecho, atrayendo contra su seno a las facultades agonizantes, no es más que una tumba compuesta de tablas de pino escuadrado... En fin, cuatro enormes estacas clavan sobre el colchón a la totalidad de los miem-

suplemento de origen, ensayo indeducible, duplicidad sin víspera, etc. («Imaginad que los espejos (sombras, reflejos, fantasmas, etc.) ya no estén comprendidos en la estructura de la ontología y del mito de la caverna —que sitúa igualmente a la pantalla y al espejo— sino que lo rodeen en totalidad,

---

bros.» «... Los cuadrados se forman y caen a continuación para no volver a levantarse.» «... No es menos cierto que las colgaduras en forma de luna creciente ya no reciben la expresión de su simetría definitiva en el número cuaternario: id a mirar vosotros mismos si no queréis creerme.» Etcétera.

*Las piedras:* «La piedra quisiera sustraerse a las leyes de la gravedad.» «... Tú, coge una piedra y mácala.» «... Cogi una gruesa piedra... La piedra subió hasta la altura de seis iglesias.» «... Cuando ruedo, aislado como una piedra en medio del camino.» «... Cuando el pastor David dio en la frente al gigante Goliat con una piedra lanzada por la honda...» «... la piedra, no pudiendo ya dispersar sus principios vivos, se arroja hasta lo alto de los aires, como por efecto de la pólvora, y cae, clavándose sólidamente en el suelo. A veces el campesino soñador ve fundirse verticalmente en el aire a un aerolito, dirigiéndose, allí abajo, hacia un campo de maíz. No sabe de dónde viene la piedra. Ahora tenéis, clara y sucinta, la explicación del fenómeno.» «... No se resigna y va a buscar, en el suelo de la miserable pagoda, un guijarro plano, de corte afilado. Lo lanza al aire con fuerza... La cadena resulta cortada por el medio, como la hierba por la hoz, y el instrumento del culto cae a tierra, derramando su aceite por las losas...» «... empujando con el pie el granito que no retrocedió, desafié a la muerte... y me precipité como un adoquín en la boca del espacio.» «... llegada la noche, con su oscuridad propicia, se arrojaban cráteres, con la cresta de pórfiro, corrientes submarinas y dejaban, muy atrás de ellos, el orinal rocoso en que forcejea el ano estreñado de las cacatúas humanas, hasta que ya no pudieron distinguir la silueta colgada del planeta inmundo.» «... Desnudo como una piedra, se arrojó sobre el cuerpo de la joven y le quitó el vestido...» «Los niños la persiguieron a pedradas como si fuese un mirlo.» «... Lo que me queda por hacer es romper este cristal en mil pedazos con la ayuda de una piedra...» «... Me había dormido en el acantilado...» «... a esa mujer... para arrastrarla, con sus tarsos, por los valles y los caminos, sobre las zarzas y las piedras...» «¿... Sabéis que cuando pienso en el anillo de hierro escondido bajo la piedra por la mano de un maníaco un invencible estremecimiento atraviesa mis cabellos?» «... he ido a recobrar el anillo que había

produciendo aquí o allá un efecto particular, muy determinado. Toda la jerarquía que describe la República, en su caverna y en su línea, se hallaría otra vez puesta en juego en el teatro de los Números. Sin ocuparla por entero, el momento platónico habita la cuarta superficie.»)

enterrado bajo la piedra...» «... Si la muerte detiene la delgadez fantástica de los dos brazos que penden de mis hombros, empeñados en el aplastamiento lúgubre de mi yeso literario, quiero al menos que el lector apenado pueda decir: "Hay que hacerle justicia. Me ha cretinizado mucho".» «¡... la aparición matutina del rítmico amasar de un saco icosaedro, contra su parapeto calcáreo!» Etc.

*Los venenos:* «Los pantanos desolados de esas páginas sombrías y llenas de veneno...» «... mi aliento exhala un soplo envenenado...» «¡... Con el arma envenenada que me prestasteis hice bajarse del pedestal, construido por la cobardía del hombre, al propio Creador!» «... a falta de una savia que cumpla las condiciones simultáneas de nutrición y de ausencia de materias venenosas.» «... El agradecimiento había entrado, como un veneno, en el corazón del loco coronado.» Etc.

Y si se quisiera más tarde conocer esa red en la forma de «esto es tal», se pierde prácticamente todo por esperar: ni prefacio ni predicado. Piedra de espera, piedra angular, piedra de tropiezo habrán, desde el pórtico de *la Diseminación*, pero también antes, proporcionando el tropiezo, dificultando el examen del lector asombrado. ¡Tantas piedras! ¿Pero qué es la piedra, lo pétreo de la piedra? Piedra es el falo. ¿Es una respuesta? ¿Es decir algo si el falo es la ocultación de la cosa? ¿Y si no ocupando ningún centro, no teniendo ningún lugar natural, no siguiendo *ningún trayecto propio*, no tiene significación, se sustrae a toda detección sublimante (*Aufhebung*), arranca incluso al movimiento de la sublimación, la relación significante/significado, a toda *Aufhebung*, en un sentido o en otro, siendo finalmente ambos el mismo? Y si la «asunción» o la denegación de la castración se convierten igual de extrañamente en lo mismo, ¿cómo se puede *afirmarlo*? Entonces lo apotropaico reserva aún más de una sorpresa. Resolución para *reñer* en bloque, la de Freud y la escena de la escritura, la marcha que lo abre y cierra, la significación del falo, el análisis breve de *Das Medusenhaupt* («Decapitar: castrar»). El terror ante la Medusa es, pues, el terror a la castración en tanto que está vinculada a la vista.» Freud explica entonces que lo que en suma se convierte en piedra se convierte por y ante la cabeza cortada de la medusa, por y ante la madre en tanto que ésta deja ver sus órganos genitales. «Si el arte

Pregunta de la diseminación: ¿qué «pasa», se ocurre con el «acontecimiento» cuando «yo escribo» «yo pongo junto a mí un tintero abierto y algunas hojas de papel», o «voy a escribir», «he escrito»: sobre la escritura, contra la escritura, en la escritura; o, también, yo prefacio, escribo a favor o en contra del prefacio, esto es un prefacio, esto no es un prefacio? ¿Qué ocurre con esta autografía de pura pérdida y sin firma? ¿Y por qué esta realización desplaza tanta fuerza para abstenerse de la verdad?

---

da tan a menudo a la cabellera de la Medusa la forma de serpientes, éstas derivan también del complejo de castración y es notable que, por mucho terror que ocasionen por sí mismas, sirvan también para apaciguar el horror, puesto que reemplazan al pene, cuya falta es la causa del horror (*dessen Fehlen die Ursache des Grauens ist*). Una regla técnica: la multiplicación de los símbolos del pene significa la castración (*Vervielfältigung der Penisymbole bedeutet Kastration*) se halla confirmada aquí. La vista de la cabeza de Medusa fija en el terror transforma al espectador en piedra. ¡Mismo origen en el complejo de castración y misma transformación de afecto! Pues el quedarse fijo (*das Starrwerden*) significa la erección y, por lo tanto, la compensación del espectador en la situación original. Tiene aún un pene, se asegura de su posibilidad de «pararse.» [...] Si la cabeza de Medusa reemplaza a la presentación (*Darstellung*) de los órganos genitales femeninos, o más bien si aísla su efecto horrorificador de su efecto de goce, podemos recordar que la muestra de los órganos genitales es, por otra parte, bien conocida como operación apotropaica. Lo mismo que suscita el horror producirá un efecto semejante sobre el enemigo del que uno se quiere proteger. En Rabelais también el diablo huye cuando la mujer le muestra su vulva. El miembro erecto del macho funciona también como apotropaeon, pero según otro mecanismo. La exhibición del pene —y de todos sus sucedáneos— querrá decir: «No tengo miedo de ti, te desafío, tengo un pene. Es, pues, otra vía para intimidar al mal espíritu») y el resto. Lapidariamente, para depositar aquí la cadena infinitamente abierta y vuelta de estas equivalencias: piedra-tumba-erecto-tiesura-muerte, etc. La diseminación amenazará siempre la significación.

La estructura del artificio describe aquí, como siempre, una vuelta más.

El Canto sexto rechazaría pues a los Cantos precedentes hacia el pasado de un prefacio discursivo (arte poético, metodología, presentación didáctica). Estos no formarían pues parte del texto generador, del texto a la vez práctico y «analítico». Pero cambiando totalmente también, según el mismo juego, este esquema desplaza a la oposición del pre-texto al texto. Complica el límite que pasaría entre el texto y lo que parece desbordable, bajo la especie de lo *real*. La diseminación inscribe, con una extensión regulada del concepto de texto, otra ley de los efectos de sentido o de referencia (anterioridad de la «cosa», realidad, objetividad, esencialidad, existencia, presencia sensible o inteligible en general, etcétera), otra relación entre la escritura en el sentido metafísico y su «exterior» (histórico, político, económico, sexual, etc.). El Canto sexto no es presentado únicamente como el texto por fin entablado del descubrimiento *real* y analítico, como la escritura de la investigación real. Se da también como la *salida* fuera de cierto texto *a lo real*. Al final del Canto quinto, esta efracción, salida arriesgada de la cabeza fuera de su agujero, de su rincón, es prescrita por la secuencia de la araña: «Ya no estamos en la narración... ¡Ay!, hemos llegado ahora a lo real...». Instancia a la vez de la muerte y del despertar. Lugar delimitado del prefacio. La salida fuera de la narración se halla no obstante inscrita en el relato y anuncia la próxima novela. El texto de la irrupción fuera de lo escrito («Id a verlo vosotros mismos...») repite uno tras otro, al fin del Canto sexto, el instante de muerte y el instante de despertar. Volvamos a la araña sin tela (que hilar):

«Cada noche, a la hora en que el sueño ha llegado a su mayor grado de intensidad, una vieja araña de gran tamaño saca lentamente su cabeza de un agujero que está en el suelo, en una de las intersecciones de los ángulos de la habitación [...] Espera que esta misma noche (¡esperad con él!) verá la última representación de la inmensa succión; porque su único deseo sería que el verdugo acabe con su existencia: la muerte, y estará contento. Mirad esta araña de gran tamaño, que saca lentamente su cabeza de un agujero colocado en el suelo en una de las intersecciones de los ángulos de la habitación. No estamos en la narración. Escucha lentamente por si algún ruido remueve todavía sus mandíbulas en la atmósfera. ¡Ay!, hemos llegado ahora a la realidad, en lo que respecta a la tarántula, y, ¡aunque se podría poner una exclamación en cada frase, no es quizá una razón para dejar de hacerlo!»

Araña saliendo «de las profundidades de su nido», punto testarudo que no transcribe ninguna exclamación dictada sino que lleva a cabo intransitivamente su propia escritura (leeréis en ella mucho más tarde la figura invertida de la castración), el texto sale de su agujero y deja al descubierto su amenaza: pasa, *de golpe*, al texto «real» y a lo real «fuera-de-texto». En el tejido general de los Cantos (aquí leéis un escrito y todo eso (se) produce (en) un texto), dos exterioridades heterogéneas una a otra parecen sucederse, reemplazarse, pero acaban por cubrir todo el campo con señales.

La puesta en escena de un título, de un incipit, de un exergo, de un pretexto, de un «prefacio», de un solo germen, no será nunca un comienzo. *Estaba* indefinidamente dispersa.

— Así se *fractura* el triángulo de los textos.

Fuera-de-texto, la totalidad de los cinco primeros Cantos, seguida del texto real. Fuera-de-texto el sexto Canto, y aun las Poesías, salida a lo real. No hay más que texto, no hay más que fuera-de-texto, en total un «prefacio incesante» <sup>(25)</sup> que desbarrata la representación filosófica del texto, la oposición recibida del texto a su exceso. El espacio de la diseminación no sólo pone al *plural* en efervescencia; se agita con la contradicción sin fin, señalada en la sintaxis indecidible del *más*. Prácticamente explorada, ésta nos da quizá a releer el «nada era, en efecto, *más* real». («Al despertar, mi navaja, abriéndose paso a través del cuello, probará que nada era, en efecto, *más* real»).

Protocolo indispensable a toda reelaboración del problema de la «ideología», de la inscripción específica de cada texto (en el sentido, esta vez, estrechamente regional) en los campos normalmente referenciados como campos de la causalidad «real» (histórica, económica, política, sexual, etc.). La elaboración *teórica*, al menos, si pudiésemos atenernos a esa circunscripción, debería suspender o al menos complicar, muy prudentemente, la apertura ingenua que refería su texto a la cosa, al referente, a la realidad y aún a una instancia conceptual y semántica última. Cada vez que, para poner en conexión precipitadamente a la escritura con un exterior tran-

---

<sup>25</sup> «En efecto, la función escritural se va a dar ahora como susceptible de controlar a la vez el cuerpo y el exterior en que ese cuerpo aparece; va, al parecer, anunciando directamente el efecto retroactivo y englobante de las *Poesías*; a escribirse directamente en las tres dimensiones de un volumen ligado al futuro (y convertirse ya en lo que es: el «prefacio a un futuro libro»), libro proyectado al porvenir como prefacio incesante, no-libro que precede a todo libro infinitamente diferido, salida definitiva del libro, esa prisión de la época hablante.» Sollers, «*La science de Lau-tréamont*», en Logiques, págs. 279-280.

quilizador o para romper muy deprisa con todo idealismo, se llegase a ignorar tales adquisiciones teóricas recientes (crítica del significado transcendental en todas sus formas; desconstrucción, desplazamiento y subordinación de los efectos de sentido y de referencia, como de todo lo que exigiría un concepto y una práctica logocéntricos, expresivistas y mimetológicos de la escritura; reconstrucción del campo textual a partir de las operaciones de intertextualidad o de la remisión sin fin de las huellas a las huellas; reinscripción en el campo diferencial del espaciamiento de los efectos de tema, de substancia, de contenido, de presencia sensible o inteligible, por doquiera pueden intervenir, etc.), se regresaría aún con más seguridad al idealismo con todo lo que, acabamos de recordarlo, no puede más que acoplarse en él, singularmente en la figura del empirismo y del formalismo.

A la reedición del Libro.

Doble derivado de una imagen primera, imagen, imitación, expresión, representación, el libro tiene su origen, que es también su modelo, fuera de sí: la «cosa misma» o esa determinación de lo que es que se llama «realidad», tal como es o tal como es percibida, vivida o pensada por quien describe o quien escribe. Realidad presente, pues, o realidad representada, esta alternativa deriva a su vez de un modelo anterior. El Modelo del Libro, el Libro Modelo, ¿no es la adecuación absoluta de la presencia y de la representación, la *verdad* (*homoiosis* o *adaequatio*) de la cosa y del pensamiento de la cosa, tal como se produce primero en la creación divina antes de ser reflejada por el conocimiento finito? Libro de Dios, la Naturaleza habrá sido en la Edad Media una grafía conforme al pensamiento y al ha-

bla divinos, al *entendimiento* de Dios como Logos, verdad que habla y se oye hablar, lugar de los arquetipos, parada del *topos noetos* o del *topos uranios*. Escritura representativa y verdadera, adecuada a su modelo y a sí misma, la Naturaleza era también una totalidad ordenada, el volumen de un libro cargado de sentido, dándose a leer, lo que debe querer decir a escuchar, como un habla, de entendimiento a entendimiento. «El ojo escucha» (Clau-del), cuando el libro tiene vocación de proferir el logos divino.

Este llamamiento —esta cita— debe sólo reintroducimos a la cuestión del prefacio, de la doble inscripción o de la doble articulación de semejante texto: su involucramiento semántico en el Libro, representante de un Logos o de una Lógica (onto-teología y saber absoluto) y la restancia de su exterioridad textual que no se confundirá con su espesor sensible.

Este llamamiento debe también introducimos a la cuestión del prefacio como *simiente*. Según el  $\chi$  (el quiasmo) (que podrá ser siempre considerado, apresuradamente, como dibujo temático de la disseminación), el prefacio, en tanto que *semen*, puede lo mismo *permanecer*, producir y perderse como diferencia seminal que dejarse reapropiar en la sublimidad del padre. En tanto que prefacio del libro, es el habla del padre quien asiste y admira <sup>(26)</sup> a su

---

<sup>26</sup> Por eso es de buen tono, en la retórica clásica, desaconsejar el prefacio, su suficiencia, su complacencia, la admiración narcisista del padre hacia su hijo. «Los prefacios son otro escollo; el yo es algo insufrible», decía Pascal. [...] A vuestro libro le toca hablar por sí mismo, si llega a ser leído entre la multitud» (Voltaire). Tratando *Del género didáctico*, Condillac describe, en *Del arte de escribir*, el *Abuso de los prefacios*: «Los prefacios son otra fuente de abusos. En ellos se despliega la ostentación de un autor

escrito, respondiendo por su hijo, sofocándose por sostener, retener, idealizar, reinteriorizar, dominar a su simiente. La escena tendría lugar únicamente, si fuese posible, entre el padre y el hijo: auto-inseminación, homo-inseminación, reinseminación. El narcisismo es la ley, va a la par con ella. Es la figura paternal de la *boeceia* platónica que aún ocupará la escena: el prolegómeno *se presentará* como instancia *moral* y no se escribirá más que para reanimar a un habla (27). Que en él se proclama y manifiesta presentemente. Los prefacios han sido a menudo manifiestos de escuela.

---

que exagera en ocasiones ridículamente el valor de los temas que trata. Es muy razonable hacer ver el lugar en que quienes han escrito antes que nosotros han dejado a una ciencia sobre la que creemos que nosotros podemos arrojar nuevas luces. Pero hablar de sus trabajos, de sus vigiliass, de los obstáculos que ha habido que superar, mostrar al público todas las ideas que se han tenido; no contentos con un primer prefacio, añadir otro a cada libro, a cada capítulo; dar la historia de todas las tentativas que se han hecho sin éxito; indicar sobre cada cuestión varias maneras de resolverla, cuando no hay más que una que se quiera y de la que se pueda hacer uso; es el arte de engordar un libro para aburrir al lector. Si se quitase de esas obras todo lo que resulta inútil, no quedaría casi nada. Se diría que tales autores no han querido hacer más que el prefacio de los temas que se proponían tratar: acaban, y han olvidado resolver las cuestiones que habían suscitado.» Condillac propone entonces «mondar» los prefacios y todas «las palabras que sobran». Mondar, pelar. Si la diseminación *corta* también en el texto, es, por el contrario, para producir formas que *se asemejarían* a menudo a las que Condillac — toda la retórica y la filosofía que él representa aquí— quiere con tanta severidad suprimir. ¿Pues qué ocurre con el injerto de las citas en este jardín a la francesa? ¿Está prohibido? ¿Debe proliferar? ¿Hay que mondar el *topos*? ¿El clasicismo no es, sin saberlo, una rama del barroco? Condillac repite a La Bruyère, quien a su vez... «Si de muchas obras de moral se quitasen la Advertencia al lector, la Epístola de dedicación, el Prefacio, el Sumario, las Aprobaciones, apenas quedarían bastantes páginas para merecer el nombre de libro». (La Bruyère, *Los caracteres*, «De las obras de la mente».) Etc.

<sup>27</sup> Pero vale aún más —y ambos deseos no se contradi-

La desaparición o la sublimación de la diferencia seminal, es el movimiento mediante el cual la restancia del fuera-de-libro se deja interiorizar y domesticar en lo onto-teológico del gran Libro. El punto de resistencia general, aquí señalado, por ejemplo, con el nombre de «Mallarmé», puede siempre a posteriori, ser arrebatado con el pretexto de la homonimia. Se trata aún del asunto del antiguo nombre, del onimismo en general y de la falsa identidad de la señal cuya diseminación debe perturbar el problema en su raíz.

Lo que Mallarmé proyectaba aún bajo el antiguo nombre de Libro, hubiese sido, «de existir», algo distinto. Fuera-de-Libro. Claudel, empero, vino después. El juego de *la diseminación*, habría que sospecharlo, le cita a comparecencia a menudo. Y he aquí reunido todo cuyo signo habrá cambiado, palabra a palabra, la diseminación:

«Hemos salido de ese fatal aturdimiento, de esa actitud aplastada del espíritu ante la materia, de esa fascinación por la cantidad. Sabemos que estamos hechos para dominar al mundo y no el mundo para dominarnos. El sol ha vuelto al cielo, hemos arrancado las cortinas y hemos lanzado por la ventana los muebles acolchados, las porcelanas de bazar y el «pálido busto de Palas». Sabemos que el mundo es en efecto un tex-

---

cen— que el habla se reanime por sí misma, que el discurso, como se dice en el *Fedro*, responda por sí mismo, de sí mismo. Se convierte entonces en su propio padre y el prefacio resulta inútil: «Es perfectamente inútil que el autor defienda, en su prefacio, al libro que no responde por sí mismo ante el público» (Locke). Se ve en qué tiene el didactismo esencial del prefacio clásico al discurso de la moral. «Mi único error, dirá Baudelaire, ha sido contar con la inteligencia universal y no hacer un prefacio en el que habría planteado mis principios literarios y separado la cuestión tan importante de la moral.»

to y que nos habla, humilde y gozosamente, de su propia ausencia, pero también de la presencia eterna de alguien distinto, a saber de su Creador. No sólo la escritura, sino el escritor, no sólo la letra muerta, sino el espíritu viviente, y no un jeroglífico mágico, sino el Verbo en quien todas las cosas han sido proferidas ¡Dios! Sabemos por la *Escritura* —la Escritura por excelencia, esa, la Sagrada Escritura— que *somos cierto comienzo de la criatura, que vemos todas las cosas en enigma, y como en un espejo* (el espejo de Igitur justamente), *que el mundo es un libro escrito por dentro y por fuera* (ese libro del que Igitur pretendía establecer un facsímil) y *que las cosas visibles están hechas para llevarnos al conocimiento de las cosas invisibles*. ¡Con qué atención no debemos, pues, no sólo mirarlas sino estudiarlas e interrogarlas, y cómo hay que agradecer a la filosofía y a la ciencia el que para ello hayan puesto a nuestra disposición tantos instrumentos admirables! Nada nos impide ya continuar, con medios multiplicados hasta el infinito, una mano en el Libro de los Libros y la otra en el Universo, la gran investigación simbólica que durante doce siglos fue ocupación de los Padres de la Fe y del Arte» (28).

A partir de entonces los libros acabados se convertirían en opúsculos sobre el modelo del gran opus divino, captando una gran imagen tantas especulaciones dispuestas, tantos pequeños espejos. Su forma ideal será un gran libro de ciencia total, libro de saber absolutamente resumidor, recitador, ordenador sustancialmente de todos los libros y recorredor del ciclo del conocimiento. Pero puesto que la verdad ya está constituida en la reflexión y relación de Dios consigo mismo, puesto que se sabe ya ha-

---

<sup>28</sup> *Positions et Propositions*, I, págs. 205-207. Subrayados de Claudel.

blante, el libro *cíclico* será también *pedagógico*. Y su prefacio, propedeútico. La autoridad del modelo enciclopédico, unidad analógica del hombre y de Dios, puede actuar por medios muy desviados, según mediaciones complejas. Se trata por otra parte de un *modelo* y de un concepto normativo: eso no excluye que en la práctica de la escritura denominada «literaria», haya fuerzas que le resulten extranjeras o contrarias y le devuelvan violentamente a la palestra. Y eso desde siempre, aunque según procedimientos diferentes e irreductibles unos a otros. En cuanto al procedimiento enciclopédico, tal como fue explícitamente formulado en la Edad Media pero preparado desde hacía mucho (Vitruvio, Séneca, Posidonio, etc.), es pues de esencia y de procedencia teológicas, incluso si espíritus supuestamente ateos participaron en una gran Enciclopedia que resultó especialmente desconocedora e inconsciente de sus raíces.

Hegel declara la conclusión de la filosofía. Escribe una *Ciencia de la lógica* (gran Lógica), producción del saber absoluto, precedida de dos Prefacios y una Introducción en la que explica la inutilidad, e incluso el peligro de los prólogos. Pero escribe también una *Enciclopedia de las ciencias filosóficas* coordinando todas las regiones del saber. De ella forma *parte*, pero como *primera* parte, una *Ciencia de la lógica* (pequeña lógica), sustancialmente idéntica a la gran lógica que inscribe pues en la escritura ordenada del volumen enciclopédico. Este es sin duda, en la historia, el último que aún merezca tal nombre; la enciclopedia filosófica, unidad orgánica y racional del saber, no es un agregado empírico de contenidos, como lo que hoy día se

vende con ese título. Enriquecida con tres prefacios (el segundo fue particularmente importante), la *Enciclopedia* de Hegel empieza con una Introducción que nos explica —una vez más— que la filosofía, «privada de la ventaja de que se benefician las otras ciencias, la de poder *presuponer* tanto sus *objetos*, en tanto que son inmediatamente dados por la representación, como el *método* de conocimiento a utilizar al principio y después», debe pues producir, desde su propia interioridad, tanto su objeto como su método. «... Semejante discernimiento es un acto filosófico de conocimiento que no se sitúa, por consiguiente, más que *en el interior* de la filosofía. Por eso es por lo que una explicación *previa* no podría ser más que una explicación no filosófica y se reduciría a un tejido de presupuestos, de seguridades y de razonamientos (*Räsonnements*), —es decir, de aserciones contingentes a las que se opondrían con igual derecho las aserciones opuestas... querer conocer *antes* de conocer es tan descabellado como el sagaz precepto de aquel maestro que aseguraba que hay que aprender *a nadar antes de echarse al agua*» (29).

Si la explicación previa es absolutamente anterior al círculo de la enciclopedia, le resulta exterior y no explica nada. No es filosófica y en el límite resulta imposible. Si por el contrario está comprometida en el círculo filosófico, ya no es una operación *pre*-liminar, pertenece al movimiento efectivo del método y a la estructura de la objetividad. En-

---

<sup>29</sup> *Enciclopedia de las ciencias filosóficas*, ed. francesa Gallimard, págs. 73, 82-83. El mismo motivo es vuelto a tomar al principio de la pequeña lógica: los «conceptos previos» (*Vorbestimmungen*) valen como «determinaciones sacadas de la visión de conjunto del todo y posteriores a ella» (página 93).

gendrándose y gozando *de sí mismo*, el concepto establece su prefacio y se hunde en sí mismo. La Enciclopedia *se* pare. La concepción del concepto es una auto-inseminación <sup>(30)</sup>.

Esa vuelta a sí de la simiente teológica interioriza su propia negatividad y su propia diferencia consigo. La Vida del Concepto es una necesidad que, al *incluir* la dispersión de la simiente, al hacerla trabajar en provecho de la Idea, *excluye* al mismo tiempo toda pérdida o toda productividad casual. La exclusión es una inclusión <sup>(31)</sup>. Por oposición a la dife-

---

<sup>30</sup> La *vida*, determinación filosófica esencial del concepto y del espíritu, es necesariamente descrita según los rasgos generales de la vida vegetal o biológica, objeto particular de la filosofía de la naturaleza. Esta analogía o esta metafóricidad, que plantea tremendos problemas, no es posible más que siguiendo la organicidad de la lógica enciclopédica. Se leerán desde este punto de vista todos los análisis sobre el «regreso a sí» del «germen» (§ 347 y § 348), sobre el «azar interno» («El animal posee un *movimiento espontáneo* contingente, pues, igual que la luz es la idealidad arrancada a la gravedad, la subjetividad del animal es un tiempo libre que, en tanto que sustraído a la exterioridad real, se determina *espontáneamente en su lugar* según un azar interno. A eso está vinculado el hecho de que el animal tenga una voz, dado que su subjetividad, como idealidad efectiva (alma) es el dominio sobre la idealidad abstracta del tiempo y del espacio, y representa su movimiento-espontáneo como un acto consistente en temblar libremente *en sí mismo*», § 351), sobre la «carencia» y la «copulación» (§ 369) y de un modo general sobre el *silogismo* de la vida, la vida del espíritu como verdad y muerte (término) de la vida natural que lleva en sí, en su finitud, su «*enfermedad oriental* y su *germen innato de muerte*». «La subjetividad es, en la idea de la vida, el concepto, es así *junto a sí misma el ser en sí* absoluto de la *efectividad* y la universalidad concreta; el último *ser-un-fuera-del-otro* de la naturaleza es suprimido (*aufgehoben*), y el concepto, que no está en ella más que *junto a sí mismo*, se convierte así en *para sí mismo*» (§ 375 y § 376).

¿Es el prefacio la *naturaleza* del logos, la vida natural del concepto?

<sup>31</sup> La partición original del juicio-de-la idea (*Das Sich-Urteilen der Idee*) se produce (tercer silogismo) como ser-junto-a-sí y para-sí de la Idea como espíritu absoluto. Esta

rencia seminal así reprimida, la verdad que se habla en el círculo logocéntrico, está el discurso de lo que *vuelve al padre* (32).

Por eso Hegel no interroga nunca a la circulación viva del discurso en términos de escritura. No interroga nunca a la *exterioridad*, y ni siquiera a la autonomía repetitiva, de ese resto textual (33) que

---

«se pone en acción, se engendra y goza de sí misma» (*sich... betätigt, erzeugt und genießt*). Como el Dios de Aristóteles cuyo texto concluye la *Enciclopedia* con su epígrafe (§ 577, *ed. cit.*, pág. 500).

<sup>32</sup> La lógica (es) de lo que vuelve al padre (muerto — más que nunca) como a la ley y al logos: el propio relevo. Es verdadera y constituye la verdad del logocentrismo. De la cultura logocéntrica y del concepto logocéntrico de cultura. He mostrado (*Le puits et la pyramide, Introduction à la sémiologie de Hegel*, 1968. En: *Hegel et la pensée moderne*, P. U. F., 1971) cómo el relevo organiza, cumpliéndose, la relación del significante y el significado en la dialéctica hegeliana. El significante es detectado (*aufgehoben*) en el proceso del sentido (significado). La inversión de este *Aufhebung* en la oposición significante/significado dejaría o volvería a situar la verdad de la dialéctica falocéntrica: la razón misma a la que no se trata aquí sobre todo de agravar. Ni tampoco a Freud cuando dice tan profundamente que la libido es una (¿por qué no?) y que es *pues* masculina (¿en consecuencia por qué? ¿cuestión de sentido común compartido? Sobre el tema, ver los *Ecrits* de Jacques Lacan *passim* y en especial págs. 554, 692-695, 732).

En cuanto a «la sexualidad femenina» (y no sólo a la cuestión así denominada, a su vinculación evidente con la problemática del falocentrismo, menos evidente con la del metalenguaje que vuelve a ser posible y a ocupar la posición fingidamente abandonada desde que un significante se ve *privilegiar*), la diseminación se lee, si nos inclinamos sobre ella, como una especie de matriz (teórica, por otra parte, para probar). Algo más allá de esta anatomía del prefacio, se entreapercibirá quizá que la puesta entre paréntesis del prefacio por la gran lógica se halla trabajada por la *misma denegación* que la puesta entre paréntesis de la anatomía en el falocentrismo psicoanalítico. Un interés muy preciso sigue poniendo o encontrando allí aquello de lo que se pretende poder prescindir.

<sup>33</sup> ¿Cómo dar cuenta de que los prefacios hegelianos —el más y el menos filosófico— pueden repetirse, *permanecen legibles* hasta cierto punto en sí mismos, sin la lógica, cuyo estatuto se supone que han recibido? ¿Qué ocurriría

constituye, por ejemplo, un prefacio, cuando incluso es detectado semánticamente en la lógica enciclopédica. Problematiza el prefacio según lo que la palabra quiere decir: querer-decir, pre-decir, ante-decir (*pre-fari*) del prólogo o del prolegómeno *concebido* (como un ser vivo) y proclamado desde el acto final de su epílogo. En el discurso, el logos permanece junto a sí. Lo que, sin embargo, debería prohibir el considerar a la escritura (aquí el programa, la pre-cripción, el pre-texto) como simple escoria empírica del concepto, es que esa escoria (pues no se trata aquí de liberarle aquí de esa condición sino de cuestionarle de otro modo) es *coextensiva* a toda la vida del discurso. Sobre todo, esa coextensión no se vuelve a la equivalencia o al doblote. Al menos, la estructura del doblote no va más allá de sí. Cierta exterioridad se repite, insiste, juega fuera del silogismo especulativo, de todas sus señales apoyadas.

Con unas miras y un resultado *casi* idénticos, Novalis plantea explícitamente, en su Enciclopedia (<sup>34</sup>) (¿resulta entonces irrelevante que haya quedado dispersa en sus primicias? ¿Desgarrada en torno a sus simientes puntiagudas?), la cuestión de la *forma* del libro total como libro *escrito*: escritura exhaustiva y taxonómica, holograma ordenador y

---

si se releyesen todos los prefacios de Hegel en un volumen aparte, como los de James en *The art of the novel*? ¿O si Hegel no hubiese escrito más que prefacios? ¿O si en lugar de colocarlos fuera de la obra los hubiese insertado aquí y allá, por ejemplo, en *el medio* (como el de Tristram Shandy) de la gran Lógica, entre la *lógica objetiva* y la *lógica subjetiva*? ¿O en cualquier parte? Que toda legibilidad no resulte con ello destruida, todo efecto de sentido anulado, eso «quiere decir», entre otras cosas, que atañe a la estructura *restante* de la letra, que no tiene trayecto propio, poder fallar siempre su destino.

<sup>34</sup> Fragmentos publicados con el título *l'Encyclopédie*, ed. en francés, de Minuit, 1966 (colección «Arguments»). (Hay edición española, en Editorial Fundamentos, Madrid 1975.)

clasificador del saber, haciendo sitio a la escritura literaria. «Todo debe ser enciclopedializado» (página 39). La «enciclopedística» será «una especie de gramática científica» escrita según una pluralidad de modos, «fragmentos, cartas, poemas, estudios científicos rigurosos» (pág. 39), cada fragmento del libro deberá estar dedicado a unos amigos. Lo literal, lo literario, así como lo epistolar, hallarán su alojamiento y su orden de producción en el cuerpo biológico de esta enciclopedia romántica («manera goetiana de tratar las ciencias — mi proyecto», página 39). Pues para el autor de los «*Granos de polen*», el orden del Libro debía ser a la vez organicista y tabular, germinal y analítico.

No se puede eludir ya la cuestión del programa genético o del prefacio textual. Lo que no quiere decir que a *fin de cuentas* Novalis no renuncie a la simiente en el *logos spermaticos* (35) de la filosofía.

---

<sup>35</sup> «La poesía es una parte de la técnica filosófica. El predicado filosófico —expresa *por doquier la ipso-finalización*— y la ipso-finalización indirecta» (pág. 312). «La filosofía es propiamente nostalgia, aspiración a estar *por doquier en el propio hogar*» (pág. 65). Por eso la *filosofía de la simiente* concebida como enriquecimiento en el regreso a sí es siempre sustancialista, tributaria igualmente de un metafóriso romántico y de un mito de la profundidad semántica, de esa ideología que Bachelard analiza (cuando no se rinde él mismo a ella), por ejemplo, en *la Formation de l'esprit scientifique*, a propósito de la esperma y del oro. (*Diferenzia* seminal: no sólo la simiente, el huevo.) El tratamiento a que son sometidos en la diseminación debería romper con todo panespermismo y toda metalurgia alquímica. Se trata, por el contrario, de atraer a una articulación con el movimiento de la ciencia genética y con el movimiento genético de la ciencia, por doquier donde ésta deba contar, más que metafóricamente, con los problemas de la escritura y de la diferencia, con la diferencia seminal (cf. *De la grammatologie*, pág. 19). Por elipsis se citará esta frase de Freud cuyo rumbo no hay que perder nunca: «Todas nuestras concepciones provisionales, en psicología, deberán basarse algún día en soportes orgánicos» («Presentación del narcisismo», en la *Vida sexual*).

El post-facio y el prefacio se habrán vuelto a convertir entonces en momentos bíblicos. A priori comprendidos en el volumen. Helos aquí:

«Índice de materias —índice de nombres— el plan es también un índice de materias. ¿Se empieza por el índice de materias» (pág. 42).

«Relaciones entre el título, el plan y el índice de materias. Necesidad de un *postfacio*.»

«*Enciclopédística*. ¿Cómo estarán constituidos los índices de cobre filosóficos? Forman ya parte de ellos el índice de categorías —el sistema teórico de Fichte— la dianología —los índices de la lógica de Maas— el índice baconiano de las ciencias, etc. Cuadros, etc.

$$\begin{array}{r}
 a = a \\
 + a \quad || - a \\
 \quad \quad + + \\
 + a \quad \quad - a \\
 \quad \quad \text{A} +
 \end{array}$$

Índices de cobre geográficos — geognósticos — *mineralógica* — cronológicos — matemáticos — tecnológicos — *químicos*, económicos — políticos — galvánicos — físicos — artísticos — fisiológicos — musicales — heráldicos — numismáticos — estadísticos — filológicos — gramaticales — psicológicos — literarios — *filosóficos*. Los *planes* que preceden a los libros son ya de algún modo índices — (los alfabetos) — los índices son los glosarios y enciclopedias *especiales*. (Por ejemplo, la geometría puesta en un gran cuadro — la aritmética, el álgebra, etc.). Toda historia posible, de la *literatura*, del arte y del mundo, debe poder ser puesta en series de índices. (Cuanto menos pueda ponerse en un cuadro, un libro, peor será.)

*Filología*. ¿Qué deben ser un prefacio, un tí-

*tulo, un epígrafe, un plan — una introducción — una nota, un texto, un apéndice (índices, etc.), un índice de materias — y cómo se ordenan y clasifican? El plan es la fórmula combinatoria del índice de materias — el texto la puesta en práctica. El prefacio es una apertura poética — o una advertencia al lector tanto como al encuadernador. El epígrafe es el *tema musical*. El prefacio proporciona el modo de empleo del libro — la filosofía de la lectura. El título es el *nombre*. Un doble título y un sub-título explicativo (historia de los títulos) son una definición y una clasificación del nombre.*

*Enciclopedística.* Es preciso que mi libro contenga la metafísica crítica del resumen, del arte literario, de la experiencia y de la observación, de la lectura, de la escritura, etc.» (pág. 40)

La historia misma es *prescrita*. Su desarrollo, sus irrupciones, sus discontinuidades mismas no deben *desconcertar* a ese volumen musical, a esa enciclopedia que es también una «base general o teoría de la composición». Y en la organización general de esa escritura, lo «literario» se ve asignar también una provincia y una génesis propias. Biblia, pues, como espacio tabular, pero también como razón seminal *explicándose a sí misma*, ambicionando dar sin cesar cuenta de su producción genética, de su orden y de su modo de empleo. (La diseminación se explica también «El dispositivo se explica»), pero de forma muy diferente. Heterogeneidad, exterioridad absoluta de la simiente, la diferencia seminal se constituye en programa, pero en programa no formalizable. Por razones formalizables. La infinidad de su código, su ruptura, pues, no tiene la forma saturada de la presencia en sí en el círculo enciclopédico. Se basa, si se puede decir, en la caída

incesante de un *suplemento de código*. El formalismo no fracasa ya ante una riqueza empírica, sino ante una *cola*. Y el mordérsela no resulta ni especular ni simbólico.)

¿Pero qué significa el inacabamiento de la Enciclopedia de Novalis, de la propia conclusión? ¿Accidente empírico?

«Mi libro debe convertirse en una biblia científica —un modelo real e ideal— y el germen de todos los libros.

*Filología*. Elaborar primero el índice de materias y el plan —a continuación el texto— luego la introducción y el prefacio —luego el título—. Todas las ciencias constituyen *un solo libro*. Algunas pertenecen al índice de materias —otras al plan, etc.

[...] La descripción de la biblia es propiamente mi empresa—, o por decirlo mejor, la *teoría de la biblia* —arte de la biblia y teoría de la naturaleza. (Manera de elevar a un libro al nivel de una biblia).

Llevada a su plena conclusión, la biblia es una *biblioteca perfecta* — *bien ordenada*. El esquema de la biblia es al mismo tiempo el esquema de la biblioteca. El *esquema* auténtico — la fórmula auténtica — indica al mismo tiempo su propia génesis — su propia utilización, etc.

(*Ficha* completa sobre la *utilización* de cada objeto —adjunta al *modo de empleo*— y a la descripción) (pág. 41).

Libros perfectamente acabados que hagan inútiles los cursos. El libro es la naturaleza inscrita en una pauta (como con la música) y *completada*» (pág. 43).

La última palabra es *subrayada* por Novalis. El libro es la naturaleza inscrita en una pauta: cobran-

za de la naturaleza y del volumen, identidad musical del todo, del ser y del texto enciclopédico. Esta proposición parece al principio sumarse al viejo fondo de la metáfora tradicional «leer el gran libro del mundo», etc. Pero esta identidad no está *dada*: la naturaleza sin el libro está *incompleta* de alguna manera. Si el todo de lo que es se confundiese con el todo de la inscripción, no se entendería que fuesen dos: la naturaleza y la biblia, el ser y el libro. No se comprendería sobre todo la posibilidad de su suma y el lugar de su conjunción. ¿No hay que escoger aquí entre el *es* como cópula (el libro *es* la naturaleza) y el *y* de la conjunción? Y para que el acoplamiento predicativo sea posible, una conjunción muda debe permitir pensar conjuntamente, como un conjunto (*cum*) del libro y a la naturaleza. Que el sentido de ese acoplamiento mediante el *es* sea el del cumplimiento, la productividad cumpliente que viene no a repetir, sino a completar a la naturaleza con la escritura, eso significaría que la naturaleza es en algún lugar incompleta, que le falta algo para ser lo que es, que tiene necesidad de un suplemento. Lo cual sólo puede proporcionárselo ella misma, puesto que ella es el todo. El libro viene a añadirse a ella (suplemento de suma que traduce la conjunción *y*), pero con esa suma debe también completarla, cumplir su esencia (suplemento complementario y vicariante anunciado por la cópula *es*). La clausura de la biblioteca se articula y gira sobre ese gozne: la lógica o más bien la gráfica del suplemento.

Con la aparición de un libro que, aun si dobla a la naturaleza, se añade a ella en esa duplicación de simulacro, se entabla un texto de ciencia o de literatura que excede al siempre-ya-constituido del sen-

tido y de la verdad en el espacio teo-lógico-enciclopédico, de la autofecundación sin limen. La diseminación, solicitando a la *fisis como mimesis*, vuelve a sacar a la filosofía a *escena* y a poner a su libro en juego (36).

El exceso aventurado de una escritura que ya no es dirigida por un saber ni se abandona a la impro-

---

<sup>36</sup> Y por una permutación literal, a la que hay que entregarse aquí, al fuego. Esta consumación, como la del himen, no comienza ni acaba nunca. En lo que su identidad se *des-gasta*. «Pueden quemar la biblioteca de Alejandría. Por encima y fuera de los papiros existen fuerzas: nos quitarán durante algún tiempo la facultad de recobrar esás fuerzas; no suprimirán su energía» (Artaud, *Oeuvres complètes*, t. IV, pág. 14).

Fiesta y fuegos artificiales, gasto, consumación o simulacro, sería bien ingenuo ei atribuirles, con una pasión que ya hablaría por sí misma, la inocencia, la esterilidad y la impotencia de una *forma*. Al final de *la Música y las Letras*, que devuelve siempre a la literatura a la fiesta, ¿se trata de hacer surgir el simulacro del suelo o de transformar el suelo mismo en simulacro? Ya no habría fiesta, literatura o simulacro si se pudiese saber con toda certeza: «Minad esas substrucciones, cuando la oscuridad ofenda su perspectiva, no — alinead farolas, para ver: se trata de que vuestros pensamientos exijan del suelo un simulacro.»

Y para propagar esto:

«Para qué sirve eso —

Para jugar.

En vista de que una atracción superior como de un vacío, tenemos derecho, el tirar de nosotros por el fastidio respecto a cosas si se estableciesen como sólidas y preponderante — desatinadamente las separa hasta llenarse de ellas y así dotarlas de resplandores, a través del espacio vacante, en fiestas a voluntad y solitarias» (pág. 647)

Estas notas, como postdata a una conferencia, e incluso sobre el género de la conferencia:

«... En vista de que una atracción superior...

Pirotécnico no menos que metafísico, ese punto de vista; pero un fuego artificial, a la altura y a ejemplo del pensamiento, esparce el goce ideal» (pág. 655).

Una lectura suplementaria lo haría aparecer: se trata de trabajar en poner o desmontar un andamio, un andamiaje. Será necesario para cambiar, en el espacio de un lapso, el sol de Platón por la araña de Mallarmé.

El más-allá de la literatura — o nada.

visación. El azar o la tirada de dados que «abren» determinado texto no contradicen la necesidad rigurosa de su disposición formal. El juego es aquí la unidad del azar y de la regla, del programa y de su resto o de su exceso. Ese *juego* no se llamará aún *literatura* o *libro* más que exhibiendo la cara negativa y atea (fase insuficiente, pero indispensable del vuelco), la cláusula final del mismo proyecto que se apoya ahora en la encuadernación del libro cerrado, cumplimiento soñado y conflagración cumplida. Tales son las notas programáticas a que tiende el Libro de Mallarmé. El lector debe saber desde ese manifiesto ahora que serán objeto del presente tratado.

Reconocer la plenitud y la identidad consigo de la naturaleza: «Sabemos, cautivos de una fórmula absoluta que, ciertamente, no es más que lo que es [...]. La Naturaleza tiene lugar, no se puede añadir nada a ello.» Si nos limitásemos a esa cautividad, cautividad de fórmula y de saber absoluto, no se podría pensar nada para añadir al todo, ni aunque fuese para cumplirlo o pensarlo *como tal*, y ni siquiera su imagen o su doble mimético, que también formaría parte del todo en el gran libro natural.

Pero si la fórmula de ese saber absoluto se deja pensar, poner en cuestión, el todo es cuestión entonces de una «parte» más grande que él, extraña sustracción de una *observación* cuya teoría lleva la diseminación y que le constituye en necesidad como *efecto de totalidad*.

Con esta condición la «literatura» *sale* del libro. El Libro de Mallarmé ha salido del Libro. Se dis-ciernen en él, sin duda, las huellas de filiación más visible que le hace descender de la biblia. Dibujo, al menos, de la de Novalis. Pero por simulacro afirmado y puesta en escena teatral, por efracción de

la observación, ha *surgido*: le escapa sin regreso, no le devuelve (ya) su imagen, ya no es un objeto acabado y *planteado*, que descansa en el espacio de la *biblioteca*.

Todo desciframiento debe desdoblarse. Por ejemplo, para esas medallas que ya han circulado mucho:

«En el fondo, ve usted, el mundo está hecho para desembocar en un hermoso libro» (pág. 872). «... Siempre he soñado e intentado otra cosa, con una paciencia de alquimista, dispuesto a sacrificar a ello toda vanidad y toda satisfacción, igual que antes uno quemaba el mobiliario y las vigas de su techo para alimentar el horno de la Gran Obra. ¿Qué? Es difícil de decir: un libro, simplemente, en muchos tomos, un libro que sea un libro, arquitectónico y premeditado, y no una colección de inspiraciones de azar, por maravillosas que fuesen... Iré más lejos, diré: el Libro, persuadido de que en el fondo no hay más que uno, intentado aún sin saberlo por todos los que han escrito, incluso por los Genios. La explicación órfica de la Tierra, que es el único deber del poeta y el juego literario por excelencia; pues el ritmo mismo del libro, entonces, impersonal y vivo, hasta en su paginación, se yuxtapone a las ecuaciones de ese sueño, u Oda [...] me posee y quizá lo consiga; no hacer esa obra en su conjunto (¡habría que ser no sé quién para ello!) sino a mostrar un fragmento realizado, a hacer brillar en un lugar la autenticidad gloriosa, indicando todo el resto para el que no basta una vida. Probar por los trozos hechos que ese libro existe, y que he conocido lo que no habré podido cumplir» (A Verlaine, 16 de noviembre de 1885. La misma carta llama al «trabajo... anónimo», «Hablando en él el Texto de sí mismo y sin voz de autor»).

O también esto que habrá preludiado, al pasar, según la lógica de la *esquina* y del *velo*, el lugar improbable de la diseminación:

«Creo que la Literatura, vuelta a su fuente que es el Arte y la Ciencia, nos dará un Teatro, cuyas representaciones serán el verdadero culto moderno; un Libro, explicación del hombre, que satisfaga nuestros sueños más hermosos. Creo que todo eso está escrito en la naturaleza de forma que no deja cerrar los ojos más que a los interesados en no ver nada. Esa obra existe, todo el mundo lo ha intentado sin saberlo; no hay un genio ni un payaso que no haya encontrado una huella suya sin saberlo. Mostrar eso y levantar una esquina del velo de lo que puede ser semejante poema, es en un aislamiento mi placer y mi tortura» (págs. 875-876).

Mi tortura, mi placer.

En el libro para «no ver nada», «sin saberlo», «sin saberlo» (dos veces). Una interpretación unilateral sacaría la conclusión de la unidad de la Naturaleza (el mundo en totalidad) y del Libro (encuadernación voluminosa de toda escritura). Si no fuese dada, esa unidad sólo habría que reconstruirla. Su programa teológico, interiorizado y reasimilado por el círculo de su despliegue, no dejaría a la separación prefacial más que el lugar de la ilusión y el tiempo de una provisión. Como si —aquí mismo— el prefacio pudiese instalarse tranquilamente en la amplia presencia de su futuro anterior y en el modo de ese *discurso de asistencia* del que más tarde daremos la definición.

Ahora, bajo su forma de bloque protocolario, el prefacio está por doquier, es más grande que el libro. La «literatura» indica también —prácticamen-

te— el-más-allá del todo: la «operación», la inscripción que transforma al todo en parte tiene que ser completada o suplida. Tal suplementariedad abre el «juego literario» en que desaparece, con la «literatura», la figura del autor. «Sí, que exista la Literatura y, si se quiere, sola, con excepción de todo. Cumplimiento, al menos, a quien no va nombre mejor dado» (pág. 646).

Este cumplimiento desplaza al complemento enciclopédico de Novalis. Sin duda, la literatura apunta también, en apariencia, a llenar una falta (un hueco) en un todo que por esencia no debería faltar (a) sí mismo. Pero es también la *excepción de todo*: a la vez la excepción en el todo, la falta en sí en el todo, y la excepción de todo, lo que existe solo, sin nada distinto, a excepción de todo. Pieza que, en y fuera del todo, señala al otro, al otro inconmensurable al todo.

Lo que interrumpe la literatura: ésta no existe, puesto que no hay nada fuera del todo. Existe, puesto que hay una «excepción de todo», un fuera del todo, a saber una especie de sustracción sin falta. Y puesto que existe sola, el todo no es nada, la nada es todo («nada era en efecto más real»). Esa nada de más, ese más de menos abre el orden del sentido (de lo que *es*), aunque sea polisémico, a la ley desconcertante de la diseminación. Da *lugar*, desde el protocolo de la práctica «literaria», a una nueva problemática del ser y del sentido (<sup>37</sup>).

---

<sup>37</sup> «... Es, sí, por lo que se refiere a esa palabra misma, es...» (Carta a Viélé-Griffin, 8 agosto 1891). Una vez más, para amortiguar el siguiente golpe, la cuestión del prefacio es la cuestión del ser vuelta a poner sobre el andamio o «el tablado de los prefacistas» (pág. 364). Cuestión del Libro-Naturaleza como Logos, círculo del epílogo y del prolegómeno. *Prefacio a «Vathek»*: «... causa de que no se quiera oír nada más del Prefacio, atento a saber por sí mismo.

El más-allá del todo, otro nombre del texto en tanto que resiste a toda ontología, de cualquier manera que determine a lo que es en su ser y en su presencia, no es un *primum movens*. Imprime, sin embargo, al todo desde el «interior» del sistema en que señala sus efectos de columna vacía e inscrita, un movimiento de ficción.

Ritma el placer y el ensayo según un *corte* múltiple.

¿Qué leer a través de ese sintagma: la señal «corte» o la copa de «Mallarmé»?

La diseminación (se) produce (en) eso: *corte de placer*.

A recibir en la interrupción entre las dos partes de cada uno de los tres textos.

Y aquí mismo, quitado el pretexto:

«Pero hay, aquí, intervengo con seguridad, algo, poco, *una nada*, digámoslo a propósito, *que existe, por ejemplo igual al texto...*» (pág. 638, subrayado de Mallarmé).

«Sabemos, cautivos de una fórmula absoluta que, ciertamente, no es más que lo que es. De inmediato apartar sin embargo, con un pretexto, a la añagaza, acusaría a nuestra inconsecuencia,

---

[...] Todo hermoso y niego ese derecho. [...] A una pausa por vuestros deseos precipitada, que será quizá la naturalización del libro, notoriamente faltarian los prolegómenos propios para conferir la pompa, si no esperáis» (pág. 555). *Prefacio a Una tirada de dados*: «Me gustaría que no se leyese esta Nota o que recorrida se llegase a olvidarla; enseña, al lector hábil, poca cosa que haya más allá de su penetración: pero puede turbar al ingenuo que debe aplicar su mirada a las primeras palabras del Poema para que siguiéndole, tal como están dispuestas, le lleven a las últimas, todo ello sin otra novedad que el espaciamento de la lectura.»

Así, igual que *Igitur*, tampoco *Una tirada de dados* habrá sido, pues, un libro.

negando el placer que queremos tomar: pues ese *más-allá* es su agente, y su motor, diría si no me molestase llevar a cabo, en público, el desmontaje impío de la ficción y, por consiguiente, del mecanismo literario, para mostrar la pieza principal o nada. ¡Pero, yo venero cómo, por una superchería, se proyecta, a una elevación prohibida y con rayos! la conciencia falta en nosotros de lo que allá arriba estalla.

Para qué sirve.

Para jugar» (pág. 647).

Sin la nada, sobre todo que se iguala al texto, placer negado o retirado de la copa que queremos tomar. Pero en la nada, la copa una vez más no deja qué beber. ¿Dónde tiene *lugar* el placer si es de esencia casi literaria? Si la «prima de seducción», el «placer preliminar» (*Vorlust*), el momento formal de la literatura no se colma más que al final del placer, el gozo no sería nunca más que la instancia de seducción, prima suplementaria de nada más. El placer sería siempre formal y de limen. Nulo y sin fin, represión a la vez mantenida y quitada. Gráfica del himen que cuestiona a su vuelta a todas las parejas, a todas las oposiciones de conceptos, singularmente los que Freud acaba de tendernos.

La «carencia consciente» (balanza indefinida, *capaz de su sistema*, aunque inclinándose siempre un poco más de un lado: el nombre puede convertirse en adjetivo y el verbo en nombre) viene además. Entre el mismo, defecto de exceso, el resarcimiento, suplemento y/o complemento: «*Únicamente, sepamos no existiría el verso: él, filosóficamente remunera el defecto de las lenguas, complemento superior*» (pág. 364).

Necesidad del «corte meditado». «Con el verso libre (hacia él no me repetiré) en prosa con corte meditado.»

Interrumpir aquí, quizá, para el «sello exterior» y el «golpe final», el envío.

*Corte regulado*: «Extracción que se repite regularmente». *Corte oscuro o de sementera*: «Operación que consiste en extraer, de un macizo, una parte de los árboles que lo componen, para permitir a los que se deja en el lugar que siembren el suelo con las semillas que producen y que diseminan naturalmente» (Littré).

También se practicará el corte claro, el corte definitivo, el corte a la saca y al área.

Interrumpir, aquí, por decisión y cabezazo. El prefacio inscribe entonces la necesidad de su corte y de su rostro, de su forma y del poder de representación metafórica que sería muy imprudente prestarle (38).

Puesta en juego sin prelude, de lo que queda por preparar de una sola vez.

Y luego, si fuésemos a ver por nosotros mismos, encontraríamos al acaso, engranado en una esquina a lo que hay del corte o/libro.

---

<sup>38</sup> Por ejemplo: «El amor antes del himen se parece a un prefacio demasiado corto delante de un libro sin fin» (Petit Senn).